



el muerto ríe

clark carrados

una aventura de **LA REINA NEGRA**



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK
CARRADOS

EL MUERTO RÍE

Colección
PUNTO
ROJO n.º 334
Publicación
semanal
Aparece los
SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 26.113 - 1968
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre 1968

© CLARK CARRADOS - 1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos
los
personajes
y
entidades
privadas
que
aparecen
en esta
novela,
así como
las
situaciones
de la
misma,
son fruto
exclusivamente
de la
imaginación
del autor,
por lo
que
cualquier
semejanza
con
personajes,
entidades
o hechos
pasados
o
actuales,

será
simple
coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.051 — Ataque salvaje.

En Colección SERVICIO SECRETO:

923 — Jeroglífico mortal.

En Colección BÚFALO:

751 — Un alto para morir.

En Colección CALIFORNIA:

597 — Escuadrón de fantasmas.

En Colección COLORADO:

538 — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

427 — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

373 — La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

310 — Tres palabras en la pared.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533 — La sed del infierno.

En Colección ASES DEL OESTE:

453 — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

42 — Se necesita un pirata.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre abrió la puerta y dio un paso en el interior de la habitación, deteniéndose en el acto. Un oscuro instinto le dijo que no se encontraba solo en la estancia.

Dexi Wald metió la mano derecha en el interior de su chaqueta. Con la izquierda trató de alcanzar el interruptor de la luz.

Una mano sujetó la suya. Wald masculló una interjección.

—¿Quién...? —empezó a decir.

Algo le golpeó con no demasiada dureza en la garganta. Wald comenzó a toser.

Sacó la pistola. La misma mano golpeó su muñeca, haciendo saltar el arma por los aires. Aun tosiendo, Wald volvió a jurar. Delante de sí divisó una sombra oscura.

Wald era un hombre fuerte. El golpe de filo a la garganta no le había afectado demasiado. Sabía que se trataba de una simple advertencia. Bajó la cabeza y cargó contra el intruso.

Melody Fenner se ladeó ligeramente. Estiró ambos brazos, agarró a Wald por los pelos y tiró con fuerza en el mismo sentido de su marcha, lanzándole atropelladamente contra el muro opuesto. En el camino, Wald tropezó con una silla y cayó aparatosamente, después de una tremenda voltereta.

Wald intentó levantarse. Lo consiguió a medias. Ella le golpeó con los filos de ambas manos en los costados, quitándole el aliento. Luego levantó el antebrazo, con un golpe seco, y alcanzó la mandíbula de Wald. Fue la puntilla.

Wald despertó bastantes minutos más tarde. Torpemente, caminó hacia la puerta y encendió la luz.

Se preguntó quién podría haber sido su misterioso atacante. Le dolían la garganta, la mandíbula y los costados. Todavía con pasos inseguros, se acercó al aparador de los licores, agarró una botella y bebió directamente, sin molestarse en verter el *whisky* en un vaso.

El alcohol le entonó un tanto. Wald paseó la vista a su alrededor y

divisó su pistola caída en el suelo. Fue a recoger el arma, pero entonces vio uno de los cuadros que formaban parte de la decoración separado un tanto de la pared.

Un rugido de rabia se escapó de sus labios al comprender lo ocurrido. El cuadro ocultaba un cofre fuerte incrustado en el muro.

La caja de caudales estaba abierta de par en par. Wald sintió que le sangraba el corazón al darse cuenta de que había sido despojado de todo su contenido.

Pero la caja no estaba del todo vacía. Tenía dos estantes, y en uno de ellos divisó lo que parecía una figurita de ajedrez, que sujetaba, a modo de pisapapeles, una cuartilla doblada en dos.

Wald sabía jugar al ajedrez. La figurita era la reina negra. Sin embargo, poseía una singular cualidad: tenía rostro.

Era el rostro de una mujer bellísima, reproducido con absoluta fidelidad, pese a lo reducido del tamaño, apenas superior a la uña del dedo pulgar. Wald sintió frío.

Había oído hablar de la Reina Negra. En aquel instante, conoció la identidad de su misterioso visitante.

Una oleada de rabia invadió su ánimo. De un manotazo, tiró la figurita al suelo. Acto seguido, tomó la cuartilla y la desplegó, para leer el mensaje escrito en ella con grandes caracteres que imitaban los tipos de imprenta, en mayúsculas:

«Dexi Wald: El oficio de chantajista es una de las más repugnantes actividades a que se puede dedicar un hombre. Tus víctimas recibirán sus documentos comprometedores y ya no tendrán que soportar tus exigencias. Si eres un hombre discreto, toma nota del aviso».

Wald estrujó la cuartilla con furia. Sus ojos emitieron destellos de ira infinita.

—¡Maldita Reina Negra! —exclamó—. Has ganado por ahora... pero volveremos a vernos, te lo juro.

* * *

Eran dos hombres altos, muy delgados, de rostros, sumamente parecidos y expresión casi constantemente lúgubre y deprimida. Vestían trajes oscuros, camisa blanca y corbata negra. Sin embargo, no eran empleados de ninguna funeraria.

Tampoco eran hermanos, pese a su relativo parecido fisonómico. Se llamaban Jack Charlton y Jock Thomas y tenían una agencia de detectives en Nueva York.

La agencia era más bien una «tapadera». En realidad, estaban al servicio de la Reina Negra. Eran dos de sus más eficaces colaboradores.

Lizzy, la doncella personal de Melody Fenner, acudió a recibirles.

—La señorita está en el gimnasio —les informó.

—Está bien, aguardaremos —dijo Thomas.

—Delante de una taza de café, por favor —pidió Charlton.

—Ya conocen el camino —contestó Lizzy desenvueltamente—. Ahora mismo les llevaré el café.

—¡Un momento! —dijo Thomas—. Lizzy, ¿has visto al señor Lothar?

Lizzy volvió la cabeza y miró al detective burlonamente.

—Vendrá —aseguró con énfasis—. Hoy, sin falta.

—No seas maliciosa, Lizzy —dijo Charlton.

—Claro que no —contestó la doncella, mientras reanudaba la marcha.

Los dos detectives se dirigieron a un saloncito contiguo al gimnasio en donde, de no mediar circunstancias extraordinarias, Melody practicaba todos los días una serie de ejercicios físicos para mantenerse en forma. Lizzy trajo el servicio de café, cambió algunas pullas con los detectives y luego se marchó.

A poco, se oyó un zumbador y brilló una luz roja, intermitentemente, sobre la puerta del gimnasio. Lizzy volvió a entrar, pero ahora con unos ropajes distintos: vestía blusa corta y pantalones largos, ajustados.

—Es la hora del masaje de la señorita —dijo, mientras abría la puerta del gimnasio.

Charlton y Thomas entrevieron un instante a Melody, tendida boca abajo sobre la mesa de masaje, cubierto el cuerpo con una toalla. Lizzy cerró de nuevo.

Media hora después, apareció Melody, fresca y lozana, con los negros cabellos recogidos en la nuca por un lazo de vivo color rojo. Tendió ambas manos a los dos detectives, saludándoles con efusión.

—Me alegra verles, muchachos —dijo—. Siento haber tardado tanto pero...

—No importa —sonrió Jock.

—La espera ha valido la pena —añadió su compañero.

—Gracias, amigos —contestó Melody. Realmente, estaba atractiva con la malla de una sola pieza, de color negro, que se ajustaba a las esbeltas líneas de su cuerpo como una segunda piel y que era la indumentaria que solía usar mientras estaba en casa—. ¿Saben? Anoche conseguí entrar por fin en el apartamento de Dexi Wald.

—¿Es cierto eso?

—¿De veras?

Melody sonrió. Levantándose, cruzó la estancia y apoyó la mano en un grueso paquete, situado sobre una consola. Parecían documentos envueltos en papel de embalar.

—Le vacié la caja —dijo ella—. Tengo aquí todos los documentos comprometedores con los que extorsionaba a sus víctimas.

—¿Los va a devolver? —preguntó Charlton.

—Hoy mismo, sin falta —contestó la joven.

—Wald quedaría dándose a todos los diablos —apuntó Thomas.

—Seguro... cuando despertó —rio Melody—. Gracias por sus informes, amigos; de este modo, pude entrar en su casa sin mayores dificultades.

Volvió a sentarse junto a ellos.

Hubo un silencio.

—Melody, sé lo que... —dijo Thomas.

—... está pensando —completó Charlton.

—Ha leído las noticias...

—... del atraco de los cinco millones.

—Y quiere encontrar a los bandidos...

—... y recuperar el botín.

Melody movió la cabeza arriba y abajo varias veces, sonriendo.

—Justamente —confirmó.

Charlton se estremeció.

—Cinco millones de dólares —dijo.

—Pero ¿cómo pudieron llevarse un botín tan enorme? No era oro, desde luego, pero es que se trataba de billetes de baja denominación, de uno, cinco y diez dólares...

—Esa cantidad de billetes ocupa un espacio tremendo, Melody.

—Por muy bien apilados que estén, deben de tener un volumen enorme.

—Y el peso...

—Y la incomodidad de manejarlos sin herramientas adecuadas. Me refiero a los sacos, naturalmente...

—Además, el asalto se llevó a cabo en cinco minutos escasos...

Melody escuchaba en silencio. Los dos detectives parecieron agitarse y callaron. Entonces, ella dijo:

—El camión blindado en que se transportaba el dinero fue detenido por un tronco atravesado en el centro del camino —dijo—. Antes de que el conductor pudiera maniobrar, otro tronco cayó casi en la zaga, impidiéndole cualquier movimiento.

—Sí, eso lo sabemos —dijo Jock—, pero no nos explicamos cómo se rindieron tan pronto. El periódico no lo dice...

—Si les amenazaron con gases —intervino Jack—, el camión era completamente estanco y tenía unidades de aireación y filtración de atmósfera propias.

—Además, poseía radio para llamar a la policía...

—He hablado con Colman por teléfono —explicó Melody—. Él me ha contado algunos detalles que todavía no se han hecho públicos. Por supuesto, el camión disponía de radio, pero una ráfaga de balas destruyó la antena, con lo que la comunicación quedó cortada antes de establecerse.

»Los salteadores no usaron gases, como parecía adecuado para desalojar a los ocupantes de un camión blindado. El camión podía resistir todo... incluso un cañonazo del setenta y cinco... pero no el fuego.

—¡El fuego! —repitieron los dos detectives a dúo.

—El fuego —corroboró Melody—. Apenas se detuvo el camión, empezaron a rodar barriles de petróleo desde la ladera cercana. Cinco quedaron casi bajo las ruedas. Dos más fueron abiertos mientras

rodaban y su contenido quedó formando un charco debajo del camión y en torno a los otros barriles. ¿Qué podían hacer los guardias?

—Rendirse —suspiró Jock.

—En efecto. Salieron fuera... y entonces fue cuando los ladrones usaron los gases anestésicos.

—¿Y después? —preguntó Jack.

—Ahí está la duda —respondió Melody—, porque cinco minutos más tarde de haber perdido el sentido el último de los guardias, el dinero ya había desaparecido.

—Volando —dijo Jock lúgubrementemente.

Melody dio un salto en el asiento.

—¡Pues claro que tuvo que volar! —exclamó—. ¡Y no metafóricamente, sino con toda realidad! ¡El dinero voló, muchachos!

Los dos detectives se contemplaron con asombro.

Melody continuó:

—Un helicóptero, seguramente pesado. Una plataforma de carga, sobre la cual fueron depositados los sacos con los billetes. Organización, rapidez en la acción, una disciplina casi militar... ese es el secreto del robo de los cinco millones, muchachos.

—Tiene mucha razón —admitió Jock Thomas.

—Sí, pero, ¿adónde voló luego el helicóptero? —preguntó el otro.

Súbitamente llegó desde abajo el estridor de unos frenos aplicados a fondo. Luego se oyó un estremecedor «crash» de inconfundible significado.

Melody se puso en pie.

—¡Alguien se ha estrellado! —exclamó.

CAPÍTULO II

Brent Lothar, exagente del FBI entró en el salón, ante las sonrisas divertidas de todos los presentes, cojeando ligeramente y con un pañuelo aplicado a la frente. Melody dijo:

—Trae, deja que te cure, Brent.

—No es nada —refunfuñó Lothar—. Solo un pequeño golpe contra el parabrisas y otro en la rodilla derecha. Ni siquiera he sangrado.

—Pero ¿qué te ha ocurrido para despistarte? —preguntó Charlton. El exfederal sentíase de mal humor.

—Vi una cosa rara y, de momento, creí en un espejismo. Confieso que llegaba con un poco de exceso de velocidad —manifestó—, pero siempre tengo tiempo de dar la vuelta y frenar. Lo que pasa es que ahora vi ese cacharro en el patio y... bueno, cuando quise darme cuenta tenía el morro del coche incrustado en la esquina de la casa.

Melody se echó a reír.

—¿Ah, te refieres al helicóptero? Bueno, he decidido modernizarme un poco —declaró—. ¿Quieres una copa?

—Sí, gracias —aceptó Lothar—. ¿Quién pilotará el aparato? Yo tengo el título...

—Y yo también —dijo ella, mientras vertía el licor en tres copas para los hombres—. Lo recibí hace dos días.

—¡Vaya! Quién hubiera de decirlo —comentó Lothar, mientras tomaba la copa con la mano—. ¿Y para qué quieres tú un helicóptero?

—Puede serme útil algún día —contestó Melody—. A propósito, ya hemos descubierto cómo se llevaron el botín de los cinco millones. Te supongo enterado de la noticia, ¿no?

Lothar asintió.

—La policía no tiene el menor rastro —respondió—. He hablado con Ned Colman y están completamente desorientados. En el camino no hay señales de otro camión... y tuvieron que necesitarlo, pues

cinco millones en billetes pesan lo suyo.

—Un helicóptero, Brent —dijo Melody—. Una plataforma de carga, suspendida del aparato... o quizá una red, como se usan en los puertos, ¿comprendes?

Lothar se quedó boquiabierto.

—¡Y nadie ha pensado en eso... salvo tú! —dijo.

—Sí, pero queda en pie el problema del punto de destino del helicóptero —contestó Melody.

—¿No habrá manera de averiguarlo?

Ella sonrió.

—¿Por qué no lo intentáis vosotros, a partir del punto donde se cometió el asalto?

—¿Nos dejará la policía? —dudó Charlton.

—Ya han dado por finalizadas sus pesquisas en aquel lugar. Ahora están realizando las indagaciones de rutina: sospechosos y demás —dijo Lothar.

—Bueno, no estaría mal darse una vueltecita por allí —aprobó Thomas—. Queda un poco lejos...

—Está el helicóptero, es un cuatro plazas y aquí hay dos pilotos —dijo Melody—. Brent, ¿por qué no echáis un vistazo al lugar del atraco?

—¿Tú te quedas en casa? —preguntó el exfederal.

—Sí —Melody señaló el paquete que había sobre la mesa—. Tengo un poco de trabajo.

—«Limpió» la caja fuerte de Dexi Wald, el chantajista —dijo Jack.

Lothar dirigió a la joven una mirada de asombro y admiración al mismo tiempo:

—Lo conseguiste, ¿eh? ¿Qué dijo Wald?

—Unas cosas muy feas. Supongo que cuando despertó, porque cuando yo me marché estaba durmiendo.

Lothar se echó a reír.

—Eres el mismísimo demonio, Reina Negra —exclamó—. Bien, si averiguamos algo positivo, ¿intervendrá la Reina Negra en este caso?

—Por supuesto —respondió ella—. El hombre que planeó el atraco posee una mente privilegiada y yo siento deseos de

enfrentarme con él.

—Y vencerle, naturalmente.

—¿Puedes dudarlo?

Lothar calló un segundo. Miró a la joven, fue a decirle algo, pero luego reparó en la presencia de los dos detectives y prefirió callar.

—Está bien —dijo, tras un ligero carraspeo—. ¿Vamos, muchachos?

Melody quedó sola en la estancia. Lentamente, caminó hasta la ventana, que estaba abierta de par en par y apoyó ambas manos en el alféizar.

El helicóptero se hallaba en un lugar despejado del vasto jardín que rodeaba la mansión donde Melody residía, lejos de la gran urbe neoyorkina, a pesar de que tenía un apartamento en la Quinta Avenida. Ordinariamente, sin embargo, prefería vivir en aquella residencia campestre, situada al otro lado del Hudson, más allá de Newark. Era un lugar tranquilo y apacible, donde los nervios se relajaban de la agitada existencia cotidiana.

Las paletas del rotor empezaron a girar. Instantes después, el aparato saltaba al aire. Había espacio suficiente para una maniobra cómoda. Lothar dio gas y el helicóptero se remontó velozmente, perdiéndose de vista en contados segundos.

Melody regresó entonces al interior. Sentándose ante la mesa, rompió el envoltorio del paquete y empezó a revisar los documentos. Los separaba por grupos, pertenecientes cada uno a una misma persona, y los metía en un sobre para devolverlos a su dueño por correo.

Uno de ellos, pasado mucho rato después de iniciada su tarea, llamó especialmente su atención: se refería a un tal Halley Stone, teniente coronel retirado de paracaidistas.

Melody se preguntó cómo habría podido enterarse Wald de la sustracción de fondos que Stone había efectuado poco antes de su retiro como militar. El dinero pertenecía a la caja del batallón de paracaidistas del que era segundo comandante.

Los chantajistas, se dijo, solían tener cómplices y confidentes que les proporcionaban informes, a cambio, naturalmente, de una recompensa. Con toda seguridad, se dijo, algún soldado del batallón conocía el hecho y lo había informado a Wald.

Melody se quedó perpleja. Devolver los documentos a su dueño significaba hacerse cómplice de un hecho delictuoso. A fin de cuentas, Stone había sustraído fondos del Gobierno y esto significaba un quebrantamiento de la ley.

Por otra parte, le dolía tener que enviar a presidio a un oficial de, al parecer, brillante hoja de servicios. Tal vez, se dijo, Stone se había visto en un momento de apuro y había tomado parte de los fondos encomendados a su custodia, prometiéndose devolver el dinero cuando hubiera solventado su problema. ¿Lo había hecho ya?

Apartó aquellos documentos. El asunto merecía ser tratado de distinta manera que los restantes. En aquellos papeles aparecía la dirección de Stone.

Iría a verlo y hablaría personalmente con él. Según sus respuestas, así actuaría ella más tarde.

* * *

El helicóptero tomó tierra en un prado cercano al lugar del atraco. Lothar y sus dos acompañantes caminaron a pie hasta el objetivo.

Todavía se divisaba el negro rastro del petróleo derramado en el camino de tierra por donde, creyéndolo más seguro, habían dispuesto las autoridades bancarias circulase el camión blindado. Los troncos habían sido apartados a un lado.

En aquel lugar, el camino iniciaba una ligera pendiente, pasando por el centro de una pequeña vaguada, situada entre dos lomas de pequeña elevación, con abundancia de arbolado. Lothar hizo un signo con la cabeza.

—Eligieron bien el sitio —dijo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Charlton.

—El camión tuvo que pararse casi al pie de la pendiente, precisamente en el punto más angosto de la vaguada. Aunque no le hubieran cerrado el camino por detrás, siempre resulta más trabajoso maniobrar en marcha atrás con una pendiente por subir.

—Eso es cierto —convino Thomas—. ¿Había sitio para el helicóptero?

—Por supuesto, teniendo en cuenta que no tomó tierra, sino que se mantuvo a siete u ocho metros sobre el suelo, mientras los

atracadores cargaban los sacos en la red suspendida de la eslinga de carga.

—No, no hubo red —contradijo Charlton.

—¿Cómo lo sabes?

—Las huellas habrían quedado impresas en la tierra. Eso es algo que la policía habría descubierto inmediatamente.

—Entonces, ¿opinas que usaron una plataforma?

—Sí. También las usan en los puertos para levantar cargas que no pueden ir amontonadas como sacos de grano, por ejemplo. Cuando se trata de cajas cuya base no puede alterar su posición, se emplean plataformas suspendidas de sus esquinas por cuatro cabos al cable de la grúa. Aquí pasó lo mismo.

—Aun así, la plataforma tuve que dejar alguna huella —alegó el exfederal.

—Sí, pero resulta más fácil de borrar.

—Y los demás bandidos, ¿cómo escaparon? —preguntó Thomas.

—Debían de tener coches no lejos de aquí. Ellos conocían la hora en que pasaría el camión.

—Lo cual significa que un confidente les informó del hecho —dijo Charlton—. Alguien que trabajaba en el banco y que estaba enterado de la remesa de los cinco millones.

—La policía ya debe de estar investigando en esa dirección —manifestó Lothar—. Es elemental, así que no debemos preocuparnos por esta parte del asunto. Lo que interesa saber ahora es: ¿Qué rumbo tomó el helicóptero?

Sobrevino un silencio. Luego Lothar, sin decir nada, emprendió el descenso y llegó al camino.

Los dos detectives le siguieron. Lothar empezó a caminar aquí y allá, examinando el suelo con gran atención. De pronto, cerca del borde herboso, creyó ver algo interesante.

Se arrodilló y examinó la tierra un momento. Luego alzó la cabeza.

—Los atracadores llevaban los pies envueltos en trozos de manta —dijo al cabo.

—De este modo, no hay peligro de una huella comprometedora —contestó Charlton.

—Justamente. A veces, la impronta de un tacón basta para

descubrir el crimen más enrevesado. Ellos lo evitaron por este sencillo procedimiento.

—¿Y las señales de la plataforma? —preguntó Thomas.

Lothar paseó la vista a su alrededor. De pronto, descubrió algo que atrajo su atención.

Eran unas ramas de árbol cortadas y arrojadas al otro lado de unos arbustos. Todavía conservaban la mayor parte de sus hojas.

Pasó al otro lado del arbusto y levantó las ramas.

—Las hojas tienen polvo todavía —dijo—. Con esto borraron todas las huellas.

—Menos una —se lamentó Jock.

—Que no indica nada, salvo que ese pie estaba envuelto en una manta —manifestó Jack.

Lothar arrojó las ramas a un lado. Luego se volvió y contempló de nuevo el lugar del hecho.

Avanzó unos pasos en silencio y se detuvo en el centro del camino.

Golpeó el suelo con el pie.

—Dada la posición del camión, la plataforma se posó aquí —dijo—. Es preciso tener en cuenta que utilizaron un helicóptero pesado; por tanto, el piloto debía tener en cuenta la longitud de las paletas del rotor.

—Sí, eso es verdad —admitió Charlton.

—Y luego... ¿hacia dónde se dirigió el aparato?

De nuevo sobrevino otro silencio.

Situado en el mismo punto, Lothar empezó a girar lentamente sobre sí mismo. De repente, vio algo que le hizo concebir esperanzas.

—¡Mirad! —exclamó.

Los dos detectives corrieron hacia él.

Lothar tenía la mano extendida hacia un punto determinado.

—¿Veis aquel árbol situado casi en la cresta de la loma? —preguntó.

Thomas y Charlton asintieron con movimientos simultáneos de cabeza.

—¿No observáis nada extraño?

—Bueno, yo no veo nada —dijo Jack.

—¿Qué tiene de extraño aquel árbol? —quiso saber su

compañero.

—Seguidme —pidió Lothar.

Emprendieron el ascenso. A los cincuenta metros, Lothar se detuvo al pie de un álamo de notable altura.

—La copa —dijo—. Está tronchada por la parte superior. Aún cuelga a un lado en una longitud de dos metros. ¿No os dais cuenta de lo que eso significa?

Charlton hizo chasquear los dedos.

—El helicóptero se remontó, pero no del todo verticalmente. Con la plataforma cargada, suspendida de su fuselaje, vino por aquí. La plataforma tronchó la parte superior de la copa del árbol y...

—Exactamente —dijo Lothar—. Y ello, dada la posición del árbol y del punto donde se paró el helicóptero, nos permite conocer el rumbo que tomó su piloto, una vez consumado el asalto.

Sacó del bolsillo una brújula y procuró situarse en línea con el árbol y el lugar del asalto.

Unos segundos más tarde, en tono firme, dijo:

—El helicóptero despegó y tomó rumbo sudoeste, dos puntos al sur.

CAPÍTULO III

Melody se había puesto un vestido discreto para la ocasión. A pesar de todo, era una mujer que llamaba la atención en cualquier parte.

Era alta, espigada, de líneas clásicas y talle delgado y flexible. Tenía el cabello negro como ala de cuervo, pero el rasgo fisonómico que más destacaba, en el perfecto óvalo de su rostro, de blancura nivea, eran sus ojos, grandes, rasgados, con pupilas verdosas, que parecían sendas esmeraldas. La tez blanca no indicaba, sin embargo, pobreza de glóbulos rojos; Melody necesitaba muy poco del carmín para avivar el color natural de sus labios.

Una boina de terciopelo rojo oscuro caía a un lado de su cabeza lo que, con unas grandes gafas de tono discretamente ahumado, le confería un aspecto vagamente universitario. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un gran bolso de tela de saco negra, reforzado rígidamente por dentro.

Llamó varias veces a la puerta. En vista del silencio, descendió nuevamente al vestíbulo.

El conserje hablaba con un hombre. Melody esperó discretamente a un lado. Luego se acercó al mostrador.

—He venido a visitar a Halley Stone —dijo—. Fue oficial del Ejército, creo.

—Sí, pero se retiró hace meses —contestó el conserje.

—¿Está fuera de Nueva York?

El hombre la miró recelosamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Melody abrió el bolso y enseñó un billete de diez dólares.

—Aquí figura mi identificación —contestó.

El billete cambió de mano instantáneamente.

—Stone dejó el apartamento hace cuatro o cinco semanas —contestó—. No dejó dirección, pero puede que en El Canario Cojo le digan dónde está.

—Y... ¿dónde está El Canario Cojo? ¿Quién me dirá allí...?

—El dueño. Se llama Buzz Solly. Dos manzanas más abajo.

—Gracias, amigo.

Melody salió nuevamente a la calle. Había dejado el coche a corta distancia, y como la que le separaba del local indicado no era excesiva, prefirió caminar a pie.

Minutos después, alcanzaba El Canario Cojo. Era un raro humorismo, se dijo, haber aplicado tal nombre al local. Abrió la puerta y pasó al interior.

Tratábase de un establecimiento sin ningún relieve especial, situado en un semisótano. Era ya de noche y había bastantes clientes, sin que faltasen las mujeres, en la mayoría de las cuales su aspecto resultaba inequívoco.

Melody avanzó hacia el mostrador. Un hombre gordo, de rostro encamado, sudoroso, se acercó a ella, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Qué desea, señora? —preguntó.

—Café —contestó la joven.

—Sí.

Melody esperó pacientemente. El gordo le trajo una taza de café.

—¿Es usted Solly? —preguntó.

—Si no le molesta —contestó el individuo.

—Me encanta —dijo Melody—. Tengo que preguntarle por un amigo mío.

—¿Cómo se llama?

—Stone.

Los ojos de Solly brillaron un momento.

—¿Qué le pasa con Stone? —preguntó.

—Mi hermana. La dejó... en un apuro —mintió ella.

—Mal asunto —contestó el tabernero—. Stone se ha evaporado.

Melody no se impresionó. Abrió el bolso y sacó otro billete de diez dólares.

—Aquí está el retrato de mi hermana —dijo.

Solly la miró fijamente unos segundos.

Luego meneó la cabeza.

—Muchacha, paciencia —contestó.

Melody se dio cuenta de que Solly no tenía deseos de hablar.

Guardó el billete de nuevo.

—Sí, paciencia —contestó—. ¿Qué le debo del café?

—Veinte centavos.

La joven sacó dos monedas de a diez centavos del bolso y las depositó sobre el mostrador.

—Úselo para enjuagar los vasos —dijo insultantemente.

Giró sobre sus talones y salió a la calle.

Regresó a su coche. Tenía varios, pero, en aquella ocasión, había usado uno de apariencia corriente. Lo hizo rodar durante un par de cientos de metros y se situó en un sitio desde el cual pudiera vigilar la puerta de la taberna.

Pasada la medianoche, Melody vio que se apagaban algunas luces del local. Los últimos clientes empezaron a salir.

Entonces, abandonó el coche, cruzó rápidamente la calle y caminó a lo largo de la acera hasta situarse en un portal inmediato a la escalera que daba a la puerta de la taberna.

Oyó la voz de Solly increpando a dos tipos reacios. A los pocos segundos vio salir a la pareja.

Solly apareció instantes después para cerrar la puerta. Entonces, Melody abandonó su escondite y descendió rápidamente la escalera.

—Hola, Solly —saludó.

El tabernero se volvió vivamente.

—Otra vez usted —dijo de mal humor.

—Sí, yo —contestó ella—. Vamos adentro, Solly. Tenemos que hablar.

—Soy mudo —dijo el gordo desvergonzadamente.

—Tengo dos remedios para desatar las lenguas —manifestó la joven sin inmutarse—. Dinero... y una pistola.

El tabernero respingó:

—Oiga, usted no...

—¡Adentro! —ordenó ella inflexiblemente.

Solly vaciló. De súbito, cargó contra Melody.

Ella se echó a un lado, pero dejó el pie derecho. Solly tropezó y cayó contra los peldaños de la escalera.

Melody entró en la taberna. Solly la siguió casi en el acto.

—¡Escúcheme! —bramó, devorado por la ira.

—Dinero o pistola —repitió Melody—. ¿Dónde está Stone?

—¡No lo sé!

Melody sacó del bolso un pequeño fajo de billetes.

—Aquí hay cien dólares —dijo—. ¿Vale la pena cerrar la boca, Solly?

El tabernero vaciló. Sacó la lengua y se lamió los labios.

—Repito que... —inesperadamente, se arrojó de nuevo contra ella.

Melody estaba prevenida. Los ojos de Solly habían destellado una fracción de segundo antes de lanzarse al ataque.

Se ladeó rápidamente. Movi6 la mano derecha y golpe6 la carnosa nuca del tabernero. Solly resopl6 y cay6 de bruces.

Melody le puso un pie en el cogote. Usaba zapatos de tac6n muy fino.

—Si apretase, podr6a hacerle bastante da6o, Solly —dijo fr6amente.

—¡Rayos, no! —gimi6 el gordo.

—¿D6nde est6 Stone?

—No lo s6... hace tiempo que no viene por aqu6... El que lo sabe es...

—¿Es? —dijo Melody.

—Ray Philips. Era muy amigo suyo. Aunque no ven6an a diario, la vez que acud6an lo hac6an juntos.

—¿D6nde vive Philips?

—Calle 130 Oeste, 700... Es todo lo que s6...

Melody apart6 el pie. Solly se puso en pie, jadeando ruidosamente.

—Todo ese esc6ndalo por una hermana... —gru66.

Ella le mir6 de arriba abajo:

—Usted tiene cerca de cincuenta a6os. ¿Qu6 dir6a si se tratase de su hija?

—Le partir6a el espinazo al tipo —rezong6 Solly.

—Yo no pretendo tanto —manifest6 Melody—. Lo siento, se ha perdido usted cien d6lares.

—Eh, oiga, yo le he dicho...

—A la fuerza, no de grado. Me ha hecho perder varias horas y eso tiene su precio, Solly.

El tabernero pareci6 enloquecer de rabia al saber que no recibir6a un solo centavo por su informaci6n. Por tercera vez, intent6 atacar a

la joven.

Melody movió el pie derecho y le lanzó una silla. Las piernas de Solly se enredaron y cayó al suelo con gran estrépito.

Melody salió de la taberna, seguida por una retahíla de maldiciones, de las que no hizo el menor caso. Se preguntó si valía la pena los trabajos que se estaba tomando por un exoficial de conducta nada limpia.

Tras unos momentos de reflexión, decidió regresar a su casa. Al día siguiente, se dijo, iría a ver a Philips.

Puesto que tenía un apartamento en la Quinta Avenida, quiso ahorrarse el viaje hasta el otro lado del Hudson. Era más de una hora en coche y se sentía un tanto cansada. En el piso de la Quinta Avenida tenía de todo cuanto podía necesitar. Tomó una ducha rápida, se acostó y poco después dormía profundamente.

Se levantó más bien tarde. Hizo unos ligeros ejercicios, para desentumecimiento de músculos, se preparó un ligero desayuno y luego se aprestó para salir a la calle.

El teléfono sonó en aquel momento.

Melody acudió al salón. Levantó el aparato.

Era Brent Lothar:

—¿Melody?

—Sí, yo misma. Buenos días, Brent. Me quedé anoche en Nueva York...

—Nos lo hemos figurado. Escucha, tenemos noticias bastante buenas.

—¡Magnífico! ¡Habla, Brent!

—Sabemos el rumbo que tomó el helicóptero que se llevó el dinero. Pude averiguarlo por los rastros y lo seguimos durante un buen rato, pero empezamos a quedarnos sin reservas de combustible y tuve que dar media vuelta. Cuando quisimos reanudar la exploración, era ya tarde; la noche se nos iba a echar encima antes de conseguir algo más positivo.

—No importa —dijo Melody—. Ahora podréis volver, ¿no?

—Desde luego. Simplemente, quería comunicártelo.

—Gracias, Brent. Si sabes el rumbo que tomó el helicóptero, puedes calcular fácilmente la máxima distancia que pudo alcanzar.

—¿Cómo?

—También su piloto pudo verse afectado por limitaciones de combustible. Es de suponer que tomase tierra en un lugar dentro de su radio de acción, ¿no crees?

—Pudiera ser, pero... ¿y si le tenían preparados unos bidones de carburante de repuesto en algún lugar convenido de antemano?

—Tal vez, pero yo encuentro un inconveniente, Brent.

—¿Cuál?

—Repostar un helicóptero cuesta tiempo. En un aeródromo pasaría desapercibido, pero no en el campo, si había alguien en las inmediaciones. Además, es preciso tener en cuenta que llevaba una plataforma de carga suspendida. Esto podría llamar la atención de las gentes, lo cual me hace sospechar que no pudo ir demasiado lejos.

—Quizá tengas razón —admitió el exfederal—. Bien, volveremos a explorar de nuevo. ¿Qué estás haciendo tú? ¿Por qué te has quedado a pernoctar en Nueva York?

—La verdad, no lo sé bien —respondió Melody, un tanto perpleja—. Estoy haciendo algo... y todavía no consigo explicarme bien por qué lo hago. Pero no tiene importancia; nos veremos a la tarde en casa.

—Muy bien. Hasta luego, Melody.

—Hasta luego, Brent.

Melody colgó el aparato. Estuvo reflexionando unos momentos y luego volvió al dormitorio para terminar de vestirse.

Minutos después estaba en la calle.

CAPÍTULO IV

Melody detuvo el coche en las cercanías de la dirección indicada por el dueño de El Canario Cojo. Contempló la casa; era una como había muchas, sin ningún detalle especial que la hiciera resaltar de las demás.

Se apeó del vehículo y caminó hacia el portal. Cruzó la entrada y consultó el indicador de inquilinos. Al fondo, había un pequeño hueco para el conserje, ausente en aquellos momentos.

Melody se dijo que la relativa modestia de la casa no debía estimular precisamente al conserje para una continua vigilancia de la misma. Atravesó el vestíbulo y entró en un traqueteante ascensor, que la llevó, no sin aprensiones de un fallo de los cables, al noveno piso.

Salió al corredor. Philips vivía en el apartamento señalado con la letra D. Melody presionó el botón de llamada.

Oyó al otro lado el zumbido del timbre. Repitió la llamada un par de veces. Nadie le contestó.

Empezó a preocuparse. Solly le había dicho que Stone y Philips eran bastante amigos. Stone había desaparecido. ¿También Philips?

Casi instintivamente, alargó la mano y asió el pomo. La puerta no había sido cerrada con llave.

Abrió poco a poco. Un raro olor llegó a su pituitaria.

Lo identificó casi en el acto. ¡Era olor a pólvora!

Alargó el cuello. Entonces, algo duro cayó sobre su cabeza.

Melody se desplomó de bruces. No había perdido el sentido, pero se notaba sin fuerzas. Todo daba vueltas a su alrededor.

Alguien saltó por encima de su cuerpo y corrió hacia el pasillo. Melody hizo un esfuerzo por levantarse, pero sus músculos no la respondieron en absoluto. Durante unos momentos permaneció con la cara apoyada en el frío pavimento, hasta que, poco a poco, empezó a recobrar las fuerzas.

Se levantó torpemente. Creía que no había pasado demasiado

tiempo desde que recibió el golpe. Tambaleándose, corrió hacia la ventana.

Un hombre salía a la calle en aquel instante. La altura era excesiva, a pesar de lo cual, Melody creyó observar que era alto, fornido y ancho de hombros. Dada su posición, le resultaba imposible verle la cara.

El sujeto se metió en un coche gris azul y partió. Melody se notaba todavía las piernas muy flojas y necesitó sentarse en una silla durante algunos momentos. Ni aun hallándose en plena forma física habría podido salir en persecución de su atacante.

Abrió el bolso, sacó un frasquito de colonia y se mojó la frente y las sienes. Ello la hizo sentirse un poco mejor. Entonces se puso en pie.

Había una puerta abierta frente a ella. Daba a un dormitorio, según pudo apreciar. Se acercó a la puerta y miró al otro lado.

Ray Philips estaba muerto.

En el último instante había intentado escapar a su suerte, sin conseguirlo. Las balas le habían alcanzado antes de saltar del todo de la cama: una en la espalda, bajo el omóplato derecho, y la segunda en la nuca. Medio cuerpo quedaba fuera, inclinado, las manos apoyadas en el suelo. La sangre aparecía fresca todavía.

El asesino había utilizado silenciador, dedujo. El diámetro de los orificios le indicó que se había usado el máximo calibre en armas cortas: cuarenta y cinco. La primera herida era mortal, pero no instantánea. Philips podía haber sobrevivido algún tiempo.

Por dicha razón, el asesino había juzgado oportuno rematar a su víctima de un tiro en la nuca. Philips ya no diría jamás el nombre de la persona que le había quitado la vida.

Al cabo de algunos momentos tomó una decisión: el caso debía ser dejado en manos de la policía. Ned Colman, su buen amigo, teniente de la División de Servicios Especiales, debía ser el primero en conocer la noticia, aunque luego traspasara el caso a la comisaría del distrito.

* * *

Ned Colman era un sujeto de mediana estatura, joven todavía y de

aspecto inteligente y socarrón a un tiempo. Echó un vistazo al cadáver y luego se reunió con Melody, que aguardaba en la salita.

—¿Ha tocado algo? —preguntó.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Todo está tal como lo encontré —respondió. Le enseñó las manos—. Si hay huellas en el teléfono, no creo haberlas borrado.

—Sí —convino el policía—. ¿Cómo vino a parar aquí la Reina Negra?

—Estoy buscando a un exoficial del Ejército llamado Stone. Me dijeron que Philips era amigo suyo.

Colman enarcó las cejas. Varios agentes de uniforme y de paisano realizaban las operaciones rutinarias del caso.

—¿Qué tiene usted que ver con Stone? —preguntó.

—¿Conoce a Dexi Wald?

—¿El chantajista?—se sorprendió Colman.

—Sí, el mismo. Entré en su casa y le vacié la caja.

Colman emitió una risita.

—Wald se estará tirando de los pelos —dijo—. ¿Qué más?

—Bien, encontré muchos documentos comprometedores, todos los cuales devolví a sus dueños, menos los relativos a Halley Stone. Hace un año, más o menos, era teniente coronel, segundo comandante de un batallón de paracaidistas. Se apropió de parte de los fondos confiados a su custodia. Al parecer, lo hizo bien, porque nadie le denunció. Sin embargo, Wald estaba enterado del asunto y tenía pruebas. Si llegó a extorsionarle o no, es cosa que aún no he podido averiguar. Me pareció que Stone podía haber sufrido un momento de debilidad, apropiándose del dinero con ánimo de restituirlo más tarde.

—Y usted quería hablar con él, estudiarle y, si le convencían sus razones, ayudarle para que su buen nombre no sufriese menoscabo.

—En efecto —admitió Melody—. Ahora, sin embargo, ya no estoy tan convencida de que Stone no hiciese el desfalco con plena deliberación. Hubiera callado hasta encontrarle, pero habiendo un asesinato de por medio, ya no puedo guardar silencio más tiempo, Ned.

—Ha hecho bien, Melody —aprobó el policía—. ¿Dice que el asesino la atacó cuando iba a entrar?

—Sí. Me golpeó, aunque no llegué a perder del todo el conocimiento. Sin embargo, quedé muy aturdida. Pude levantarme y fui a la ventana. Vi salir a un hombre con bastante prisa... Era alto, y fornido, me pareció, aunque no le vi la cara. Montó en un coche de color gris azul y escapó. Eso es todo, Ned.

Colman hizo un gesto de asentimiento.

—Investigaremos en esa dirección —prometió—. Gracias por todo, Melody.

—Le enviaré los documentos de Stone. Ahora ya no puedo detener el curso de la justicia. Una cosa, Ned. ¿Podrá facilitarme datos de Stone?

—Lo haré apenas sepa algo —aseguró el policía—. ¿Quiere que la lleven a su casa? —ofreció.

Ella denegó con breve gesto:

—Gracias, ya me encuentro bien.

Salió a la calle. Se preguntó por las causas de la muerte de Philips.

Tardaría en conocerlas, fue la única respuesta que pudo encontrar.

* * *

El helicóptero volaba a baja altura, unos cincuenta metros sobre un suelo de escasas alternativas topográficas. Abundaban los campos de labor, pese a la relativa proximidad de la gran urbe.

Lothar mantenía el rumbo estrictamente. Thomas estaba a su derecha y avizoraba continuamente el menor detalle de la superficie. Charlton lo hacía por el lado opuesto.

No obstante, las edificaciones eran más bien escasas. Había trechos en que la distancia mínima entre granja y granja era de tres y aun cuatro kilómetros. A pesar de la aparente planicie del suelo, había sitios donde un helicóptero, aunque fuese pesado, podía aterrizar sin ser visto, a menos que el observador se hallara en las inmediaciones.

Sobrevolaron una densa barrera de setos y se adentraron en una extensión de campos dedicados al cultivo de manzanas. Un poco más allá divisaron un gran tractor agrícola.

En la orilla de la pomareda divisaron un remolque de cuatro ruedas, que podía ser empleado, uncido al tractor, para el transporte

de productos agrícolas. A cierta distancia se divisaban los edificios de la granja.

Un hombre salió a la puerta. Thomas sugirió:

—¿Por qué no bajamos y le preguntamos al granjero?

Lothar consideró la proposición. Asintió con la cabeza y maniobró para hacer descender el helicóptero en un espacio despejado, a menos de cien metros de la granja.

Momentos después paraba el motor. Abrió la portezuela y saltó a tierra en unión de los dos detectives.

El granjero se les acercó. Era un tipo cincuentón, vestido con camisa a cuadros y pantalones de peto. Tenía barba de dos días y masticaba una astilla de madera.

—Hola —saludó con escasa amabilidad—. ¿Puedo servirles en alguna cosa?

—Soy Lothar —se presentó el joven—. Los señores Thomas y Charlton.

—Eating —el granjero dijo su apellido—. ¿Están en dificultades?

—En cierto modo, señor Eating. ¿Es frecuente que pasen helicópteros por su granja? —preguntó el exfederal.

—No se ven muchos, en efecto, señor Lothar. ¿Por qué lo dice?

—Verá, hace dos días, creemos, tuvo que volar un helicóptero pesado por encima de estos parajes. Nosotros queremos saber si usted lo vio.

Eating meneó la cabeza:

—No, señor; este es el primer helicóptero que veo en muchos meses. Siento no poder ayudarles, señores.

Lothar trató de ocultar la decepción que sentía.

—Gracias de todas formas —contestó—. Vámonos, muchachos.

—¿Son policías? —inquirió el granjero.

—Algo por el estilo. Adiós, señor Eating.

Los tres hombres volvieron al helicóptero.

—Hemos perdido el tiempo —suspiró el exfederal.

—Sí —convino Jock.

Entraron en la cabina.

Eating se había vuelto al porche de la casa.

—Tal vez no hayamos perdido el tiempo —dijo Jack de repente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lothar, sorprendido, con la

mano en el contacto.

—Despega —contestó Jack, a la vez que alargaba la mano hacia unos prismáticos—. Simula que te diriges al norte, pero no corras demasiado. Quiero comprobar una cosa.

Lothar hizo lo que le decían. A poco, Jack Charlton exclamó:

—Me lo suponía —habló, con los prismáticos aplicados a los ojos—. Ha entrado en la casa y está hablando por teléfono.

Lothar respingó:

—¿Cómo? Sospechas...

Jack bajó los prismáticos.

—Mira, Brent —dijo—. ¿Ves ese estanque situado al sur de la casa?

—Por supuesto. ¿Qué ocurre?

—Brent, ¿cuándo has visto un granjero que disponga de un estanque y no tenga, al menos, dos docenas de gansos o patos? ¿Y los gallineros? Están vacíos, ¿no? ¿Habéis visto alguna vez una granja sin un perro por lo menos?

—¡Rayos! —exclamó Jock—. ¿Es posible que...?

—Tienes razón —murmuró Lothar pensativamente—. Es posible que Eating sepa algo más de lo que ha querido decirnos.

—Que no ha sido nada, desde luego —dijo Jock—. ¿Descendemos?

Lothar no se lo pensó dos veces. Bajó la palanca y el aparato se precipitó a tierra raudamente.

Cuando estaban a punto de tocar el suelo vieron que Eating salía de la casa armado con una escopeta de dos cañones.

CAPÍTULO V

Lothar dio gas y el helicóptero se remontó de un salto. Una escopeta, a corta distancia, podía dañar los delicados mecanismos del rotor; sobre todo si, como suponían, el granjero usaba perdigones gruesos. Aparte de ello, no era seguro que la cúpula encristalada tuviese la resistencia necesaria para repeler los proyectiles.

Eating bajó el arma, viendo que sus disparos se iban a perder estérilmente. Luego, de pronto, echó a correr hacia un cobertizo cercano.

—Tenías razón, Jack —dijo Lothar ceñudamente—. Eating sabe mucho más de lo que aparentaba.

—No me extrañaría en absoluto que estuviese de acuerdo con los atracadores —masculló Thomas—. ¿Qué vas a hacer ahora, Brent?

Un coche salió en, aquel momento del garaje y enfiló velozmente hacia un camino que, sin duda, debía dar a alguna carretera de mayor envergadura.

—¡Huye! —gritó Charlton.

Lothar picó y se lanzó en persecución del vehículo.

—Tenemos que armarnos mejor —masculló—. Un par de granadas de humo o de gases lacrimógenos...

—Cuidado —advirtió Thomas...

Lothar se remontó de nuevo. Eating, disparaba su escopeta, asiéndola con una mano. Necesitaba la otra para gobernar el automóvil.

—Ha tirado dos veces —dijo Charlton.

—Muy bien —contestó Lothar—. Ahora tiene el arma descargada.

Aceleró con fuerza y se adelantó al automóvil. Alcanzó una zona despejada y viró en redondo. Volaba a ras de tierra.

Eating vio que el helicóptero se le echaba encima. Desesperadamente, golpeó el volante hacia su izquierda. Trataba de salirse a un prado, para describir una curva que le permitiese eludir el

ataque del helicóptero. Pero, de pronto, se encontró con un árbol.

Corrigió la maniobra. Era tarde ya, sin embargo.

La aleta izquierda chocó contra el tronco. El automóvil saltó y volcó aparatosamente. Las ruedas quedaron al aire, girando con progresiva lentitud.

El motor humeaba.

—¡Cuidado, va a incendiarse! —gritó Charlton.

Lothar tomó tierra a cincuenta metros. Los tres hombres corrieron hacia el vehículo.

Una lengua de fuego brotó súbitamente del motor. Lothar comprendió que el accidente había roto el conducto de la gasolina y esta, derramándose por el interior, se había incendiado.

—¡Atrás, atrás! —gritó.

El peligro de explosión era inminente. Los tres hombres, a punto casi de alcanzar el vehículo, retrocedieron a la carretera.

El fuego llegó al tanque del combustible. Se oyó una tremenda explosión y las llamas envolvieron de golpe al automóvil. Una enorme nube de humo subió a lo alto.

Lothar meneó tristemente la cabeza.

—Ya no podremos hablar con él —dijo.

Sonaron varias explosiones más.

—Son los cartuchos que llevaba de repuesto —observó Thomas.

—Tendremos que avisar a la policía —dijo Charlton.

Lothar asintió.

—Debió de quedar inconsciente después del choque —opinó—. De otro modo, habría tratado de escapar.

Dirigió la mirada hacia la granja.

—Allí hay un teléfono —murmuró—. Me pregunto qué papel pudo desempeñar Eating en el asalto.

—El papel de granjero, naturalmente —dijo Thomas.

—Sí, pero, ¿qué era lo que tenía que hacer en el conjunto de las operaciones?

—¿Estará aquí el botín? —preguntó Charlton.

—No. Es un lugar relativamente conspicuo. Puede que el helicóptero hiciese un alto...

—¿Para repostar?

Brent guardó silencio un momento. De pronto, se fijó en el tractor

parado a doscientos metros de distancia.

Frunció el ceño.

—Creo que empiezo a comprender —dijo.

—¿Sí? —exclamaron los dos detectives a dúo.

Lothar hizo un signo con la mano.

—Seguidme —dijo.

Los tres hombres cruzaron a través de los manzanos. Poco después llegaban al prado donde, en el borde, se hallaba el tractor.

El remolque de cuatro ruedas estaba a veinticinco metros. Al lado había varios montones de paja, aparentemente para ser transportada en el remolque.

Lothar encontró una horca tirada en el suelo. Agarró la herramienta y se acercó al primer montón de paja.

Empezó a deshacerlo. A los pocos minutos, pudieron comprobar que no había nada debajo.

—Quedan más montones —dijo, sin perder la esperanza.

Atacó el segundo. De pronto, las púas de la horca tropezaron con algo duro.

—¡Creo que ya hemos encontrado algo! —exclamó.

Lanzó la horca a un lado y metió las manos en la paja.

—Ayudadme, chicos —pidió.

Los tres hombres empujaron a una. El esfuerzo que hubieron de realizar no era demasiado grande.

El montón de paja se volcó a un lado. Sonaron tres unánimes exclamaciones: de asombro.

—Un truco realmente ingenioso —dijo Lothar.

Bajo la paja había un entramado semicilíndrico de hierro, que formaba como una especie de cúpula alargada, de unos dos metros de altura por tres de anchura y cuatro o cinco de longitud.

Lothar alargó la mano y arrancó unas cuantas briznas de paja.

—Están pegadas con un adhesivo —dijo—. Debajo de este artefacto viajaron los cinco millones.

—Sí —convino Thomas pensativamente—. ¿Quién iba a sospechar de un inofensivo tractor, que arrastraba un remolque cargado de paja?

—El helicóptero llegó aquí —dijo—. Su carga fue traspasada al remolque; incluso había sitio para que dos o tres hombres viajaran

bajo la paja, acompañando al botín. Así pudo pasar inadvertido por todas partes, hasta llegar al lugar donde el dinero se encuentra en estos momentos.

—Sí, pero, ¿dónde está ese escondite? —dijo Charlton.

Lothar se mordió los labios.

—No muy lejos de aquí —calculó—. Los tractores agrícolas no suelen recorrer grandes distancias.

—¿Diez kilómetros? —sugirió Thomas.

—Algo más —calculó el exfederal—. Opino que el escondite definitivo... mejor dicho, el segundo escondite, porque casi estoy por decir que el dinero sufrió otro nuevo traslado, se encuentra en algún paraje situado entre veinte y cuarenta kilómetros de esta granja.

Charlton paseó la vista a su alrededor.

—Entre veinte y cuarenta kilómetros... y todavía no es el escondite definitivo —murmuró—. Esto sí que es buscar, pero de veras, una aguja en un pajar.

—Pues no hay más remedio que revolver toda la paja... porque la aguja debe aparecer —declaró Lothar con voz firme.

—Me parece muy bien —aprobó Thomas—. Sin embargo, antes de iniciar la búsqueda, creo que deberíamos informar a la policía del accidente.

—Y convenir con Melody un nuevo plan de acción —agregó Charlton.

Lothar sonrió.

—Se aprueba la moción por unanimidad —contestó.

* * *

En el Canario Cojo no había casi nadie en aquellos momentos.

Solly fijó la vista en la mujer que entraba en el bar. Hizo una mueca de desagrado cuando Melody apoyó los codos en el mostrador.

—Usted otra vez —masculló.

—Philips ha sido asesinado —dijo Melody sin más rodeos.

Solly pegó un respingo de asombro.

—¡Demonios! ¿Cómo lo sabe?

—Lo he visto yo misma —respondió Melody—. Solly, ha

ocurrido una muerte. Si piensa encubrir a alguien, olvídelo Podría costarle caro.

El tabernero se frotó los labios con el dorso de la mano.

—Lo único que pretendía era que no molestasen a dos buenos clientes míos —dijo—. Pero le aseguro que no sabía que se hubiesen metido en negocios poco limpios.

—¿Quién ha hablado de negocios poco limpios, Solly?

—Se ha cometido un asesinato, ¿no? A menos que...

Solly calló de pronto. Miró a la joven fijamente.

—¿Qué le sucede ahora? —preguntó Melody.

—Bueno, puede que todo sea por cuestión de faldas.

—¿Una mujer?

—Philips era un buen mozo. Stone es bien parecido, a pesar de que tiene ya cuarenta y dos años.

Melody concibió de pronto una idea.

—Solly, descríbame a Stone —pidió.

—Es alto, muy fuerte, ancho de hombros... Tiene una cicatriz en el lado izquierdo de la cara de unos siete centímetros. Un guerrillero norcoreano se la hizo.

—¿Pelo? ¿Ojos? ¿Más señas particulares?

—Cabello castaño, con un mechón rojizo. Ojos azules y... Bueno, eso es todo.

—Bien, Solly. Ahora, hablemos de la mujer. Dígame todo lo que sepa de ella.

—Les vi aquí un par de veces. Los tres juntos, pero primero habían llegado Stone y la chica. Es alta, rubia, de formas... —Solly movió las manos gráficamente—. Bueno, figúreselo.

—Sí, continúe.

—Philips se sentó con ellos. Se la comía con los ojos. A mí me pareció que Stone se sentía un poco molesto, aunque no dijo nada. Si no es por culpa de la rubia, no sé qué más...

—El nombre de la chica —pidió Melody.

—Lo oí la primera vez, cuando Stone se la presentó a Philips. Se llama Loretta Seann.

—¿Domicilio?

—No lo sé, pero puedo decirle dónde trabaja... o trabajaba hace un mes. Vi su fotografía en una revista de variedades. Está en *The*

Wild Rose.

—¿Qué hace allí?

—¿No se pondrá colorada si se lo digo?

Melody sonrió. Abrió el bolso y echó sobre el mostrador un billete de diez dólares.

—Esta vez se lo ha ganado, Solly —dijo—. Un consejo.

—Sí, señora —respondió el *barman* obsequiosamente.

Melody se puso el índice sobre los labios.

—¿Ha entendido?

—Una tumba, eso es lo que soy yo —contestó Solly.

CAPÍTULO VI

Melody consultó la hora. Era recién pasado el mediodía y suponía que Loretta Seann no acudiría a *The Wild Rose* sino hasta la noche. Puesto que le quedaba tiempo, decidió dirigirse a su residencia del otro lado del Hudson.

Una hora después, detenía el coche ante su casa. Al otro lado asomaba la cola del helicóptero.

Lothar acudió a recibirla.

—Hemos encontrado una pequeña pista —dijo.

—Esto es estupendo —contestó la joven, sonriendo—. Yo he estado investigando otro caso... y me he tropezado con un golpe en la cabeza y un asesinato. Pero ya hablaremos luego de lo mío. Vamos al salón, Brent.

Lizzy, la doncella, apareció en aquel momento.

—¿Señorita?

—Tengo apetito —dijo Melody—. Lléveme algo de comer al salón.

—Sí, señorita.

Los dos detectives se pusieron en pie al verla.

—Estábamos esperándola, Melody —dijo Thomas.

—Queremos conocer su opinión —añadió Charlton—. ¿Le ha dicho algo Brent?

—Me ha anticipado un poco... Anda, Brent, empieza a hablar mientras yo preparo unos combinados.

Lothar hizo un relato circunstanciado de las peripecias hasta terminar con la muerte de Eating. Melody agitó la cabeza.

—Debiste haberle seguido —indicó.

—El tipo nos hubiera visto —objetó el exfederal.

—Pensábamos interrogarle allí mismo —agregó Charlton.

—Pertenece a la banda, estoy seguro —manifestó Thomas—. Al despegar la primera vez, entró corriendo en la casa y habló por teléfono. Cuando descendíamos de nuevo, nos atacó a tiros de

escopeta.

Melody dio un par de paseos por la estancia, con la copa en la mano.

—Así que el botín fue transferido del helicóptero al remolque del tractor —murmuró.

—Sí —replicó Lothar—. Un truco realmente ingenioso. Consiste en una armadura de hierro, recubierta de una lona, sobre la cual se ha pulverizado un líquido adhesivo. Se echó paja y se pulverizó más líquido, añadiendo paja en capas sucesivas, hasta formar lo que parecía un montón cualquiera, capaz de engañar al más pintado. Así transportaron el botín hasta...

—Sí, pero, ¿por qué no dejaron el supuesto montón de paja en el sitio donde han guardado el botín?

—Tal vez es porque un montón de paja desentonaría de la decoración —supuso Lothar—. Aquí, en el jardín de tu casa, parecería extraño, ¿no crees? Sacaron el botín en cinco minutos y Eating se volvió a la granja para continuar desempeñando su papel.

Lizzy entró en aquel momento con una bandeja en las manos. Melody se sentó ante una mesita baja y tomó un emparedado.

—Eso significa que habían planeado el golpe desde hacía muchísimo tiempo —opinó—. Un granjero relativamente nuevo podía llamar la atención... y lo más probable es que Eating hubiese continuado aún algunas semanas, hasta que se hubiese disipado la polvareda levantada por el atraco.

—Bueno, pero si Eating llevaba tiempo en la granja, ¿por qué no había allí aves domésticas, ni siquiera un perro? —objetó Thomas.

—Tal vez Eating no era siquiera granjero —replicó Melody—. Para entender de cuidar animales se precisa una experiencia que Eating posiblemente no tenía. Bastaba un hombre que estuviese en la granja, eso es todo... incluso como cuidador, en espera de un posible comprador.

—Quizá sea como dices —admitió Lothar.

En aquel momento sonó el teléfono. Thomas levantó el auricular, escuchó un instante y se lo pasó a la joven.

—Para usted, Melody. Es Colman —dijo.

—Gracias —Melody se llevó el auricular a la oreja—. ¿Ned?

—Hola, Reina Negra —saludó el policía—. Tengo noticias para

usted.

—¿Buenas?

—Informes, simplemente.

—Bien, hable, Ned.

—Stone. Oficial de la reserva. No llegó a intervenir en la guerra gorda, pero sí fue a Corea, donde recibió una medalla y dos citaciones por su valor en combate. Frío, inteligente y sereno ante el peligro.

—Un héroe, ¿no?

—Así es, pero con defectos. Llegó a comandante, pero se le procesó por supuestos malos tratos a uno de sus subordinados. Su excelente hoja de servicios le ayudó para que todo quedase en una represión privada y la orden de repatriación.

—Entiendo. ¿Qué más Ned?

—Bueno, la guerra de Corea daba boqueadas, así que no le hicieron demasiado favor. Volvió, se licenció y reingresó hace dos años, para cumplir un período de entrenamiento como teniente coronel de la reserva. En su unidad no saben absolutamente nada de que haya cometido un desfalco. Aparte de aquel jaleo durante la guerra, le tienen muy bien conceptuado.

—¿Quién se lo dijo?

—Su propio coronel. He hablado con él y me ha dicho que es una lástima que Stone no haya continuado en el Ejército. Un año más y se habría ganado el ascenso.

—Usted investigará en esa dirección, ¿no?

—Por supuesto, aunque opino que toda relación suya con la muerte de Philips no es sino una coincidencia.

—Quizá —admitió Melody—. ¿Puedo pedirle otro favor, Ned?

—Por supuesto. Adelante, Reina Negra.

—Andamos, por nuestra cuenta, tras cinco millones de dólares.

—¡Ah! —rio el policía—. Comprendo. No he sido asignado a ese caso, Melody. ¿Qué quiere que haga por usted?

—Alguien informó a los asaltantes del día, la hora y el trayecto que seguiría el camión blindado. Es lógico, ¿no?

—Por supuesto. De lo contrario, no les habría salido un golpe tan perfecto. ¿Y...?

—Opino que el confidente tuvo que ser un empleado del mismo

banco. Ya me figuro que estarán siendo interrogados, pero... ¿no podría conseguirme usted una relación de los empleados, junto con un breve historial de los mismos?

—Lo intentaré. El capitán Patterson está a cargo del asunto y es buen amigo mío. Le hablaré de la Reina Negra, Melody.

—Si cree que eso va ayudarlo, hágalo. Gracias por todo, Ned.

—Encantado, Melody.

La joven colgó el teléfono y tomó otro emparedado.

—Uno de los empleados del banco que hizo la remesa tuvo que avisar a los salteadores, no cabe la menor duda —dijo—. Si damos con él... será el cabo del hilo, por dónde acabaremos llegando al ovillo.

—O sea, al botín —dijo Lothar.

—Justamente.

—Entonces, ¿qué hacemos nosotros? —preguntó Charlton.

—Brent ha dicho que la siguiente etapa del dinero robado terminó a una distancia de entre veinte y cuarenta kilómetros de la granja. ¿Por qué no vuelven a volar... y se dedican a obtener fotografías de todos los edificios del contorno?

—No es mala idea —admitió Thomas—. Una cámara de revelado instantáneo nos resultaría muy útil.

—Y no olvide un proyector de ampliaciones para objetos opacos, como postales y demás —indicó la muchacha—. A diez kilómetros de aquí, cerca de la autopista, hay un supermercado con sección de fotografía.

Terminó el último emparedado y se puso en pie.

—Voy a darme un baño. Tengo que volver a Nueva York.

—¿Qué vas a hacer allí? —preguntó Lothar.

Ella sonrió.

—Asistir a la actuación de una chica que creo es uno de los fenómenos del *strip-tease* —contestó.

—¡Vaya! —resopló el exfederal, mientras Melody, con paso cadencioso, cruzaba la estancia—. Nunca me hubiera imaginado que le agradase semejante género de diversiones.

—En este mundo... —dijo Thomas sentenciosamente.

—... Conviene saber de todo —completó su compañero.

—Pues si de mí dependiera... —rezongó Lothar.

Thomas le palmeó la espalda vigorosamente.

—No depende, no depende —dijo en tono irónico.

—Tú dependes, tú dependes —añadió el otro burlonamente.

Lothar soltó un bufido. Luego se puso en pie.

—Bueno, dejémonos de comentarios —masculló—. Hemos de continuar la campaña; todavía quedan casi cinco horas de luz y hemos de aprovecharlas.

* * *

Melody entró en el local donde trabajaba Loretta Seann al filo de las nueve de la noche. Vestía con aparente sencillez, pero llevaba un modelo caro, que denotaba en el acto el arte de su creador.

Era un traje rojo, detonante, cuya falda, muy ajustada, quedaba a unos diez o doce centímetros por encima de las rodillas. El busto quedaba cubierto por el tejido, que se sujetaba tras la nuca por un nudo de hilo de oro. La espalda y los hombros quedaban completamente al aire. Bolso, zapatos y guantes, estos largos hasta el codo, hacían juego con el vestido.

El contraste entre su piel blanquísima, el negro intenso de su cabellera y el rojo de la tela era evidente, y confería a la joven un atractivo singular. Docenas de pares de ojos masculinos se clavaron en ella, mientras, guiada por un obsequioso maestresala, se encaminaba a una de las mesas mejor situadas.

The Wild Rose era un local montado con lujo y buen gusto. Una joven de cabellos rojos cantaba y se contorsionaba en el escenario, delante del micrófono. Vio que la atención de buena parte del público se desviaba de ella y lanzó una mirada de furia a la recién llegada.

Melody se sentó ante la mesa indicada. El maestresala le presentó la carta. Ella pidió champaña solamente.

Un camarero trajo la botella a poco. Llenó su copa y se alejó. Melody permanecía indiferente a la expectación de los más cercanos.

La pelirroja terminó su actuación y salió un cuarteto vocal de color. Melody se preguntó cómo podría llegar hasta el camerino de Loretta Seann.

Luego hubo un descanso. Las parejas se pusieron a bailar. Alguno

quiso invitarla, pero ella rechazó la invitación con una sonrisa cortés.

Un hombre entró de pronto en el local. Era alto, fornido, muy ancho de hombros y de cabello castaño, en el que se advertía un mechón ligeramente más claro. Melody procuró dominarse.

No había visto nunca a Halley Stone, pero lo reconoció en el acto.

Era preciso admitir que Stone, a sus cuarenta y dos años, era todavía un hombre terriblemente atractivo. Melody se preguntó cómo podría abordarle. Loretta Seann había pasado ya a segundo plano.

De pronto, se dio cuenta de que Stone pasaría muy cerca de ella. Entonces se le ocurrió una idea.

Rápidamente se puso en pie y dios dos pasos. Tropezó con un hombre y emitió un gritito de disgusto.

—¡Por favor, no me moleste más! —dijo en voz alta.

El sujeto la contempló con aire extrañado.

—Pero, señorita, si yo no...

—¿Quiere hacer el favor de dejarme en paz de una vez? —pidió Melody.

—Señora, yo...

Alguien intervino en aquel momento. Una mano recia, sólida, agarró al aturdido individuo por la pechera de la camisa y lo sujetó con fuerza.

—Señora, ¿es cierto que este tipo la estaba molestando? —preguntó Halley Stone.

CAPÍTULO VII

Melody dirigió a Stone una hechicera sonrisa. El antiguo paracaidista rebasaba a su presunto adversario casi en una cabeza.

—Ya se iba —dijo—. No es necesario que haga ningún esfuerzo por mí, señor...

Stone empujó al aterrado individuo.

—Será mejor que se vaya de aquí cuanto antes —gruñó. El hombre escapó a la carrera, y Stone volvióse hacia la joven—. Celebro haberle sido útil, señora. Soy Halley Stone, a sus órdenes.

—Me llamo Melody Fenner —dijo ella—. Gracias por su intervención, señor Stone —añadió—. Hay tipos que, porque ven a una mujer sola, ya se piensan que... bueno, usted ya me entiende, ¿no?

Stone sonrió.

—Por supuesto —contestó—. Pero aquí no suelen venir las damas solas, señora...

—Señorita —corrigió Melody—. En realidad, esperaba a un amigo, pero me ha dado plantón. Gracias de nuevo, señor Stone: con su permiso, me dirigía al tocador cuando ese grosero me cerró el paso.

—Ha sido un placer, señorita Fenner —contestó Stone, inclinándose.

Melody volvió a poco a su mesa. Sabía que Stone volvería.

Los números atrevidos quedaban para hora más avanzada. Entretanto, la actuación de los artistas era más bien moderada. Salió uno, hizo chistes políticos y la gente le aplaudió a rabiar. Melody rio también.

—¿Le gusta la política? —preguntó Stone de pronto.

Melody volvió la cabeza. El exparacaidista estaba delante de ella contemplándola con la sonrisa en los labios.

—Como no entiendo, me divierte —respondió—. Si fuese partidaria de tal o cual político, me reiría con unos chistes y otros me

enojarían. Así, me río con todos.

—Sana... política —comentó Stone—. ¿Me permite?

—Desde luego.

Stone se sentó. Agitó la mano y vino un camarero.

—Champaña —pidió.

—Al momento, señor.

Melody se dio cuenta de que Stone la estudiaba apreciativamente.

—No la había visto nunca por aquí —dijo.

—Tampoco yo conocía el local. Mi... amigo me lo indicó, vine... y me quedé sola.

—Es una lástima que no haya pena de muerte para ciertas desatenciones —sonrió Stone—. Yo hubiera acudido a la cita, pasando por encima de un montón de cadáveres.

—¡Huy, no sea usted tan macabro! —rio ella—. Parece como si para venir aquí tuviera que organizar una guerra particular.

—No me importaría en absoluto —contestó Stone—. Y le aseguro que yo sería el único superviviente.

—¿Ha sido superviviente de alguna? —preguntó ella.

—Sí, de una —Stone se tocó la cicatriz de la mejilla—. Esto es lo que me queda de recuerdo.

—¿Corea?

—En efecto.

—Mi hermano estuvo allí. Era paracaidista de la 101 Aerotransportada.

—Yo estuve en la 82. ¿Vive su hermano?

—No, murió, pero aquí, en Nueva York —eran datos rigurosamente ciertos.

—Lo siento —dijo Stone.

El camarero llegó en aquellos momentos. Melody levantó su copa.

—Es preciso olvidar momentos tristes del pasado —dijo.

—Sí —convino Stone. Jugueteeó con su copa—. Me gustaría verla de nuevo, señorita Fenner. No me atrevo a invitarla a tomar luego una copa en mi apartamento...

—Es usted muy rápido, como cuando se tiraba en paracaídas —sonrió ella—. Refrene sus impulsos.

—Delante de una mujer tan hermosa es preciso ser más héroe que en la guerra para hacer lo que usted dice —contestó él con ojos

brillantes.

Melody terminó su champaña.

—Se me hace tarde ya —dijo—. Deberá perdonarme, señor Stone.

—Bueno, al menos, ¿no me facilitará su número de teléfono?

Ella sonrió.

—Saque usted su agenda... y anótelo, si es que encuentra sitio en ella —contestó Melody, irónicamente.

—¿Tan llena cree que está con los teléfonos de mis... conquistas?

—Usted debe de ser un hombre terrible con las mujeres, tanto como con el enemigo en la guerra —dijo ella. Y cuando él hubo anotado su teléfono le tendió la mano—. Ha sido un placer, señor Stone.

—Repetir lo mismo sonaría monótono —contestó el exparacaidista—. Diré sencillamente que he quedado deslumbrado.

Melody le dirigió la más atractiva de las sonrisas. Ahora estaba segura de que volvería a entrevistarse con Stone.

* * *

Lothar colocó una fotografía en el proyector de ampliaciones y encendió la lámpara. Melody sacudió la cabeza.

—No, esta no puede ser —dijo—. Es una granja auténtica. Pon otra.

—Hemos sacado noventa y tantas placas —dijo Charlton.

—Tenemos tiempo —contestó ella.

Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Thomas le acercó la llama de su encendedor.

Delante de ellos apareció la imagen de una casa rodeada por un pequeño jardín. La fotografía estaba tomada oblicuamente a unos cien metros de altura. Se veían chiquillos jugando.

—Tampoco —dijo—. Los salteadores no van a ser tan ingenuos como para llevar el botín a una casa donde haya niños.

—Pues pasarían mejor desapercibidos —observó Lothar, mientras se disponía a introducir en el aparato otra fotografía.

—Los niños hablan con sus amigos y estos con sus padres —dijo Melody—. Enseguida sabrían que se habría detenido un tractor, con remolque y que unos hombres habían descargado unos sacos ocultos

bajo la paja. Además, ¿no dices que es posible que algunos de los bandidos viajasen también en el remolque?

—Tienes razón —contestó el federal. Introdujo la siguiente fotografía y la proyectó en la pantalla.

—Aparta esta —indicó la joven—. Tiene un jardín muy grande y la casa es de dos pisos, con garaje y piscina.

—Parece vacía —comentó Charlton—. No hay agua en la piscina.

—No es tiempo —objetó su compañero.

—Sí, pero una piscina llena sirve de adorno a la decoración general.

—Bueno, tal vez sus dueños la ocupan solo en los fines de semana.

Lothar continuó pasando fotografías. Al final, seleccionaron diez de ellas.

Dado que las fotografías eran de revelado instantáneo; los detectives, mientras Lothar pilotaba, habían ido anotando al dorso de cada una de ellas la situación de la casa fotografiada.

De nuevo volvieron a contemplar las diez fotografías sospechosas. Melody se inclinó por eliminar seis más.

—Las cuatro que quedan —dijo— tienen características relativamente comunes; Todas son grandes, de dos pisos, con amplio jardín, garaje y servicios, además de piscina. Pásalas de nuevo, Brent...

El joven obedeció. De pronto, Melody extendió la mano.

—Deja esa —pidió—. ¿Qué hay en la piscina? —exclamó, extrañada.

—Está vacía, como todas, menos dos o tres —dijo Lothar.

—No, esa piscina no está vacía —contradijo ella—. Fíjate, Brent; falta la sombra que revelaría el hueco. Parece llena... pero no se ve tampoco el brillo de la superficie del agua.

—¡Ya sé lo que es! —exclamó Thomas.

Melody se volvió para mirar al detective.

—¿Sí, Jock?

—Esa piscina dispone de cubierta para proteger el hueco, esté llena o no —manifestó Thomas—. En algunas piscinas, incluso la cubierta se corre y descorre automáticamente.

—¡El botón está ahí! —dijo Charlton exaltadamente.

Melody se mordió los labios pensativamente.

—Parece un escondite demasiado ingenuo —contestó.

—Veo humo que sale de la chimenea —declaró Lothar—. La casa está habitada. ¿Por qué no hacemos una incursión?

—No. Antes estimo que es preciso enterarse de quiénes son sus dueños y la clase de gente de que se trata —indicó Melody—. No conviene comprometerse inútilmente.

—Tienes razón —admitió el exfederal—. Nosotros nos encargaremos de ello, Melody.

Ella se quedó pensativa de pronto.

—Se me está ocurriendo algo en lo que no hemos pensado hasta ahora —murmuró—. ¿Dónde está el helicóptero? Eso no es cosa que se esconda fácilmente...

—Despiezado, seguro —dijo Thomas.

—Era demasiado grande...

Lizzy entró en aquel momento, con una carta en la mano.

—Señorita, acaba de traerla un mensajero especial, de parte del teniente Colman —dijo—. Está esperando en el vestíbulo. ¿He de decirle algo?

—No, gracias —contestó Melody, tomando la carta—. Invítele a una taza de café y dígame que dé las gracias al teniente en mi nombre.

—Sí, señorita.

Lizzy salió. Melody rasgó el sobre.

—¿De qué se trata? —preguntó Lothar.

—No seas... —sonrió Thomas.

—... Curioso con... —siguió Charlton.

—... La correspondencia...

—... De una dama joven y linda.

Lothar soltó un bufido. Melody extrajo del sobre un puñado de cuartillas y se sentó en el diván primero, tendiéndose luego de espaldas, con, las piernas apoyadas por las corvas en uno de los brazos.

—Son los informes relativos a los empleados del banco que hizo la remesa de dinero —dijo—. Uno de ellos fue el confidente de la banda de atracadores, no hay duda.

Hojeó unas cuantas cuartillas. De súbito, lanzó una exclamación y se sentó en una postura normal.

—¡Este es! —exclamó—. Claro, ¿cómo no se me ocurrió adivinarlo antes? No podía ser de otra manera...

—¿Querrás explicar de qué estás hablando? —pidió Lothar con impaciencia.

Melody le miró con ojos brillantes.

—Desde un principio dije que la forma de producirse el asalto denotaba que entre los ladrones reinaba una disciplina casi militar. Hubo rapidez y eficiencia en la ejecución del golpe, lo cual indica que fue dirigido por alguien que tiene la costumbre de planear operaciones digamos activas.

—Un exoficial del Ejército —dijo Thomas.

—Justamente. Estoy refiriéndome a un conocido mío del que, ahora, estoy segura, es el hombre que planeó, dirigió y realizó personalmente, con la ayuda de sus disciplinados cómplices, el robo de los cinco millones.

—¿Quién es? —preguntó Lothar.

—Su nombre —pidió Charlton.

—¿Cómo se llama?

—Halley Stone —respondió Melody.

—¿Cómo puedes afirmarlo? —exclamó Lothar.

Melody blandió triunfalmente una de las cuartillas.

—Dije también que el golpe se ejecutó previa una información del día, la hora y el trayecto que seguiría el camión. Eso solo pudo saberlo un empleado del banco... un hombre llamado Reg Danby, antiguo paracaidista en la 82 División, precisamente la misma en la que sirvió Halley Stone.

CAPÍTULO VIII

El hombre cruzó rápidamente la acera y se metió en el portal de una casa. Lloviznaba ligeramente y tenía bajada el ala del sombrero y subido el cuello del impermeable. Melody también llevaba un impermeable, aunque de color azul oscuro. Una boina de terciopelo del mismo color cubría sus cabellos.

Debajo del impermeable tenía puesta la malla negra, de una sola pieza, que solía usar en numerosas ocasiones, sobre todo por la comodidad de movimientos que le proporcionaba. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un bolso de regular tamaño.

Dentro del bolso tenía una pistola. No era partidaria de las armas de fuego, aunque estimaba conveniente tomar un mínimo de precauciones. En su casa disponía de una galería de tiro, adecuadamente aislada, en donde hacía prácticas de puntería casi a diario con toda clase de armas.

Cuando Danby hubo entrado en el portal, ella le siguió a los pocos momentos. En los informes de Colman se citaba el domicilio del empleado del banco.

Melody subió en el ascensor. Poco después, estaba ante la puerta del piso ocupado por Danby. Este era casado. Se preguntó si su mujer estaría con él en aquellos momentos.

Danby abrió segundos más tarde. Era un sujeto de unos cuarenta y tantos años, delgado, de cara huesuda y ojos de escasa fijeza. Apenas tenía ya pelo en lo alto del cráneo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó secamente.

—Vendo productos de belleza —contestó Melody con todo desparpajo—. ¿Está su mujer en casa?

—Está fuera y yo no compro basura —dijo Danby insultantemente.

Y se dispuso a cerrar la puerta.

Melody alargó el pie. Danby juró al otro lado.

—¿Qué diablos pretende? —masculló—. ¿Quiere que la eche a

golpes?

Por toda respuesta, Melody pegó un seco empujón con el hombro. La puerta vibró y alcanzó a Danby en la cara. Danby volvió a jurar y retrocedió.

Melody cruzó el umbral y empujó la puerta. Danby se puso un pañuelo en la cara.

—Por poco me aplasta las narices —gruñó—. ¿Qué quiere? ¿Dinero? No lo tengo; solo unos pocos dólares...

Melody le miraba fijamente.

—¿Me ha tomado por una ladrona? —preguntó.

Danby la miró de arriba abajo.

—Lo parece —masculló—. Y si no es una ladrona, una trotacalles...

—Mal detective sería usted, Danby —dijo Melody—. No soy ni una cosa ni otra. Solo estoy buscando el paradero de cinco millones de dólares en billetes de baja denominación.

Danby enarcó las cejas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Cinco millones, propiedad del banco en que usted trabaja —contestó Melody fríamente—. Usted lee los periódicos, por lo menos.

—Sí, y también se comentó el hecho en el banco. ¿Qué diablos tengo yo que ver con ese asunto? La policía nos ha acribillado a preguntas...

—Sin encontrar, por supuesto, al tipo que informó al jefe de la banda.

—Yo no he sido. ¿Recorre ahora la policía a las busconas? ¿Acaso cree que voy a rendirme a sus supuestos encantos y confiarle algo que no existe más que en la imaginación de un policía chiflado?

Melody sonrió.

—La suya es muy despierta, Danby —dijo—. ¿Se acuerda usted de sus buenos tiempos de la guerra de Corea?

—No me hable —gruñó el tipo—. Me pongo enfermo cada vez que me acuerdo de aquel infierno.

—Usted estaba en la 82 División de Paracaidistas. El comandante Stone mandaba una agrupación de paracaidistas.

La cara de Danby griseó de pronto. Melody supo que su disparo había dado en el blanco.

—Y eso, ¿qué diablos tiene que ver...?

De pronto, Danby se acercó a una mesa, situada junto a una ventana, destapó una botella y llenó una copa, cuyo contenido despachó de un solo trago, vuelto de espaldas a la joven. Volvió a llenar el vaso y se giró hacia ella.

—¡Váyase! —dijo—. Cualquier cosa haría yo menos ayudar a ese perro de Stone a hacerse rico.

Melody se sorprendió al oír aquellas palabras.

—Entonces, es usted el soldado a quién él hizo objeto de malos tratos y por cuya acción fue procesado —murmuró.

—Sí —contestó Danby rabiosamente—. Me acusó de cobardía y me molió a golpes y patadas delante de los demás. Era una situación crítica; caían los cañonazos como lluvia... En esas condiciones, ¿no es natural que un hombre pierda los nervios? No fui yo el único —jadeó el tipo—; estábamos allí muchos muertos de miedo... ¡pero hubo de tomarla conmigo precisamente! ¡No se lo perdonaré jamás, créame!

Melody se sentía atónita.

—¿Me habré equivocado? —murmuró.

—¡Pues claro que sí! —Danby rio histéricamente, apoyado en la mesa con una mano—. ¡Vamos, ayudarle yo a robar cinco millones a aquel granuja! Se necesitaría estar loco, seguro.

—Cinco millones pueden suavizar resentimientos antiguos, y más si datan de quince años atrás —dijo Melody, suavemente.

—Eso no reza conmigo. Todavía hoy me duelen los golpes y los puntapiés que me propinó. No le he visto más, ni ganas, y lo único que siento es que no esté en el Ejército. Así lo enviarían a Vietnam y allí lo «apiolaría» algún «viet».

—Si no le ha visto más desde entonces —le interrumpió Melody—, ¿cómo sabe que no está en el Ejército?

Danby se quedó parado.

—Yo... bueno, lo licenciaron y...

—¿Está seguro?

El empleado de banca se había desconcertado. Melody también se sentía desconcertada.

Danby parecía sincero en su odio a Stone. Si era cierto ¿por qué había colaborado con él en el robo de los cinco millones?

—¡Conteste Danby!

—¡Váyase al diablo!

—Usted sabe dónde guarda Stone el dinero. Dígamelo, tengo amistades, su pena será menor...

Danby sonrió burlonamente.

—¿Decírselo? No sé nada —contestó. Y se llevó el vaso a los labios.

En aquel momento chasqueó un cristal. Danby se estremeció fuertemente.

Melody vio que aparecía una mancha roja en el pecho del empleado de banca. Los ojos de Danby giraron agónicamente en sus órbitas.

Ella saltó hacia atrás. Hubo un segundo disparo y una segunda mancha surgió en el pecho de Danby. Melody oyó claramente el impacto del proyectil al clavarse en la barra de la pared opuesta.

Alguien disparaba con un rifle desde la casa fronterera. Seguramente, usaba silenciador.

Melody se protegió tras la pared, mientras Danby se derrumbaba de cara al suelo. La silueta de Danby, claramente recortada contra el fondo iluminado de la estancia, debía de haber ofrecido un blanco magnífico al tirador. Danby se quejó. Melody se agachó y tiró de él, apartándolo de la línea de fuego. Sin embargo, ya no sonaron más disparos.

La sangre empapaba el pecho de Danby. Los dos proyectiles le habían entrado por la espalda, atravesándole el cuerpo de lado a lado.

Por un momento, Melody se sintió tentada de ir en busca del asesino, pero Danby vivía aún. Podía declarar algo antes de morir... claramente se veía que estaba en la agonía. Danby abrió los ojos.

—Ha sido... él... —dijo.

—¿Stone?

—No... Louie... El Fino... su hombre de confianza...

—¿Fue Louie el que mató a Ray Philips?

Danby tosió.

—No sé...

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Melody.

—No lo sé... y aunque lo supiera... —Danby volvió a toser. Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios ya ensangrentados—. Me...

perdería... la diversión...

—¿Cómo? —Melody creyó que Danby deliraba.

—Será... muy... divertido... ¡Lo que me voy a reír en...!

La cabeza de Danby se dobló repentinamente a un lado. Se agitó un poco y luego se quedó quieto.

Melody se puso en pie. Era evidente que Danby había ignorado el escondite del dinero robado.

¿Por qué?

Las preguntas se agolpaban en su mente. Volvió los ojos y dirigió la vista hacia la casa frontera, situada a unos cincuenta metros de distancia.

La posición de los agujeros en el vidrio y la de los impactos le indicaron el ángulo aproximado que habían seguido los proyectiles. El tirador había disparado desde un punto situado dos pisos más alto que el de Danby.

Ella había perdido ya mucho tiempo en escuchar las últimas palabras del empleado de banca. Se preguntó si Stone estaba dispuesto a eliminar a todos sus cómplices para quedarse exclusivamente con el botín.

Philips, Eating y Danby habían muerto. ¿Quiénes eran los restantes?

Solo conocía el nombre de uno: Louie El Fino. Tendría que averiguar su identidad.

Lentamente, abandonó la casa. ¿Por qué había reído tanto Danby antes de morir?

* * *

—¿Estás segura de que Danby reía en sus últimos instantes? —preguntó Lothar a la mañana siguiente.

—Por supuesto —contestó Melody con voz firme—. No cabe la menor duda. Dijo que era muy divertido y que iba a reír mucho en... Aquí le interrumpió la muerte, pero es fácil imaginarse el lugar desde el cual pensaba reírse de Stone.

Lothar asintió con un gesto de su cabeza.

—Es extraño —comentó—. Odiaba a Stone y, sin embargo, colaboró con él en el robo. Es algo que no comprendo.

—Tampoco yo —suspiró la joven—. No cabe duda de que Stone planeó y dirigió el robo, pero no existen pruebas contra él. Presentó una coartada indiscutible en el caso Philips y no me atrevo siquiera a acusarle de complicidad en la muerte de Danby.

—Entonces, ¿no harás nada contra él?

—Sí. Pero he de obrar con mucha cautela. Stone me parece un hombre terriblemente inteligente.

De pronto, se quedó callada.

—¿Qué te sucede? —preguntó Lothar.

—Parece lógico suponer la muerte de Philips como debida a causas... femeninas —dijo Melody con aire meditabundo—. En cambio, la de Danby da la sensación de obedecer a la eliminación de un eslabón débil.

—Stone tenía que saber que Danby le odiaba —alegó Lothar.

—Sí, seguro —admitió ella—. Sin embargo, Stone es hombre que no mezcla los sentimientos con el dinero. A él no le importó en absoluto el odio de Danby; es más, opino que fue el propio Stone quien le buscó, conociendo su puesto en el banco.

—Pudiera ser —convino el exfederal—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Melody reflexionó unos momentos.

—Hay algo que me extraña sobremanera —dijo—. ¿Cómo llegaron a poder de Wald los documentos que comprometían a Stone?

—Eso no tiene nada que ver con este asunto —dijo Lothar.

—No lo parece, a primera vista, pero estimo que una conversación con Dexi Wald resultaría interesante.

—¿Hoy mismo?

—Sí.

—¿Y con Stone?

—Si me queda tiempo, le veré esta noche. Si no, mañana.

—El dinero...

—No se evaporará tan fácilmente —sonrió la joven—. A propósito, ¿qué habéis averiguado de la casa?

—Thomas y Charlton están en ello —contestó Lothar—. ¿Te acompaño?

Melody hizo un gesto negativo.

—Para ciertas cosas es preferible una mujer sola —contestó.

—Tendré celos —murmuró él.

Ella se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos.

—Ya me conoces —contestó—. Si algún día siento la necesidad de amar nuevamente... Pero ese día —suspiró profundamente— está todavía muy lejos.

—Sabré ser paciente —aseguró el exfederal, con triste sonrisa.

—La paciencia es una virtud siempre recompensada —dijo ella, sonriendo también.

—¿Con el premio de la espera?

—La espera mantiene la ilusión. Una vez se consigue lo que se desea, ¿continúa manteniéndose la ilusión?

—A veces, muchas veces, casi siempre. En mi caso...

—Se me hace tarde, querido —le interrumpió ella—. No nos pongamos melancólicos.

Lothar abrió los brazos con un gesto de resignación.

—¡Ni ese recurso me queda! —exclamó, mientras ella alejaba, dejando tras sí el eco de una argentina carcajada.

CAPÍTULO IX

Dexi Wald contempló ceñudamente a la esbelta mujer que aguardaba en el umbral de su casa.

—¡Usted! —exclamó.

—¿Le molesta mi presencia? —sonrió Melody.

—Prefiero no expresar mi opinión en voz alta. Todavía conservo un resto de galantería con las mujeres.

—No lo pareció la última vez que nos vimos.

—Defendía algo mío —gruñó Wald.

—Será mejor que dejemos aquel asunto de lado, Dexi —dijo Melody—. ¿Entro o me marcho?

Wald se echó a un lado.

—No me sentiré mucho peor de lo que ya estoy —rezongó—. Me arruinó usted, Reina Negra.

—Ya le dije lo que pensaba de usted en la nota que dejé en su caja fuerte —contestó ella con desenvoltura—. Invíteme a una copa, Dexi.

—Beberá usted sola —dijo él—. Yo no tengo ganas.

Melody le miró extrañada.

—Tiene mala cara —observó—. ¿Está enfermo?

—Sí, pero no físicamente —Wald llenó una copa y se la ofreció—. Acabo de pasar un mal trago.

—Hable, Dexi. Quizá yo pueda ayudarle —dijo Melody compasivamente.

—Es tarde ya. Él está enterrado.

—¿Él? —se sorprendió la joven—. ¿A quién se refiere?

—¿Es que no lee los periódicos? Ah, claro, usted me conoce como Dexi Wald. Wald —explicó el chantajista—, es el apellido de mi madre. Yo me llamo Danby.

Melody se quedó muda de asombro.

—¡Danby! —repitió—. No lo sabía, Dexi —añadió rápidamente—. Le aseguro que lo siento de veras.

Wald se sentó en un sillón y hundió la cabeza entre las manos.

—Estábamos distanciados, pero nos teníamos cariño —manifestó—. El pobre Reg no merecía morir tan canallescamente.

—Usted sabe quién ha sido o, por lo menos, quién ha ordenado su muerte —dijo ella con suavidad.

Wald asintió:

—Sí, pero soy un cobarde —reconoció—. Ahora, yo debería coger una pistola y meterle cuatro balas en el cuerpo a Stone... pero, créame, no me atrevo...

—Denúncielo a la policía —sugirió ella.

—¿Y qué ganaría? Es un sujeto muy astuto; no habría manera de encontrar pruebas contra él. Yo encontré algunas que le hubiesen podido perjudicar y...

—Dexi, aquellos documentos fueron a su destino. Me aseguraron que Stone no había robado ningún dinero del Gobierno.

Wald alzó la cabeza.

—Entonces, yo perdí el tiempo —dijo.

—Parece ser que sí. ¿Quién le entregó los documentos?

—Un sargento mayor. Estaba en la ayudantía del batallón.

—¿También enemigo de Stone?

—Me costó algún dinero. No le apreciaba demasiado.

—Quizá eran documentos falsificados —opinó Melody—. En otro caso, se habrían cotejado con los libros de cuentas y el desfalco habría surgido a la luz.

—Ya poco importa —dijo Wald desmayadamente—. Yo quería vengar la afrenta de mi hermano... y Reg ha muerto.

—Ahora tiene un motivo más poderoso, Dexi. Ayúdeme —rogó Melody.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Parece ser que el autor de la muerte de su hermano fue un tal Louie El Fino. ¿Le conoce usted?

—No.

Melody le dirigió una penetrante mirada.

—Dexi, usted conoce a gente... y ya sabe a qué gente me refiero —dijo—. ¿Por qué no trata de averiguar quién es y dónde está Louie El Fino?

—¿Significa eso que debo ayudarla a usted? —preguntó Wald con

acento resentido.

—Más o menos, pero también indica la posibilidad de que un día sean castigados los asesinos de su hermano.

Wald titubeó aún un poco. Melody se dio cuenta de que era un sujeto amargado, al que no le hacía demasiada gracia ponerse del lado de la Ley.

—Está bien —dijo Wald al fin—. Trataré de encontrar a Louie El Fino. Pero ¿cómo podré ponerme en contacto con usted, si consigo algo?

Melody abrió su bolso y sacó una tarjeta.

—Ahí tiene dos teléfonos —indicó—. Es probable que le conteste un hombre. Sea quien sea, facilítele usted los datos como si fuese a mí misma.

—De acuerdo. Pero...

Melody le miró inquisitivamente.

—Hable, Dexi —pidió.

Wald frotó los dedos índice y pulgar con un gesto significativo.

—No me gusta trabajar gratis —rezongó.

—Trabaje, entonces, por agradecimiento a que no le haya mandado a la cárcel —replicó ella secamente, asqueada por tanto cinismo—. Y si no quiere que su hermano sea vengado, vuelva a sus chantajes. No le durarán mucho, se lo aseguro.

Giró sobre sus talones y se alejó con paso rápido. Wald se quedó boquiabierto, incapaz de reaccionar. Cuando quise decir algo, Melody había salido ya de su casa.

* * *

Melody encontró, en la grabadora del teléfono de su apartamento de la Quinta Avenida, varias llamadas de Halley Stone. Sonrió, mientras se ataviaba con un vestido de color amarillo rabioso y amplio escote, muy corto y con hombreras sumamente delgadas. Como de costumbre, zapatos, bolso y guantes, hacían juego con el color del vestido.

Media hora más tarde, entraba en *The Wild Rose*. Una buena propina al maestresala le permitió situarse en una mesa de excelente posición visual en todos los sentidos. Encargó champaña y se puso

un cigarrillo entre los labios.

Stone no había llegado aún. Estaba segura de que se dirigiría a ella sin dilación apenas la viese. Los minutos, sin embargo, pasaban y el exparacaidista no daba señales de vida.

De pronto, un camarero se inclinó sobre ella.

—Señorita, si tiene la bondad de seguirme... —murmuró.

Melody le miró con sorpresa.

—¿Me llama alguien? —preguntó.

—Sí, señorita. Se trata de la señorita Seann...

—Ah —contestó la joven—. Con mucho gusto.

Se puso en pie. El camarero la precedió a través de la sala, cruzó una puerta, recorrió buena parte de un pasillo y se detuvo ante un camerino, en cuya puerta había un rótulo de letras plateadas con el nombre de su ocupante.

—Aquí es, señorita —dijo.

—Muchas gracias.

Melody llamó a la puerta. Alguien dio permiso desde el interior. Melody empujó y atravesó el umbral.

Loretta Seann estaba frente a ella envuelta en una bata japonesa, sujeta en torno a su opulento talle por el cinturón. Era guapa, pero un tanto basta. Melody la encontró demasiado exuberante.

—Usted me llamó, señorita Seann —dijo—. Mi nombre es Melody Fenner.

—Gracias —contestó Loretta—. Le estoy muy reconocida por haber acudido a mi llamada. Comprenda, lo que voy a decirle aquí no podía expresarlo en público.

—Muy bien, la escucho, señorita Seann. ¿De qué se trata?

—Es la segunda vez que la veo en el local —dijo la artista—. No quiero verla la tercera vez.

Melody parpadeó asombrada. Cualquier cosa hubiera esperado menos aquella poco amable acogida.

—Le aseguro que no la entiendo —dijo.

Loretta avanzó el busto agresivamente.

—Halley es mío, entiéndalo de una vez —afirmó—. Desde que la vio a usted parece como si yo no existiera, ¿me comprende? ¡No vuelva más por aquí o...!

—Usted no es quién para prohibirme los sitios a los que me

interesa acudir —contestó Melody fríamente.

—¿De veras?

Loretta se volvió de pronto y agarró algo que tenía sobre el tocador. Al girar de nuevo tenía en la mano un afilado puñal, cuya punta quedó a un centímetro escaso de la mejilla izquierda de la joven.

Melody no se inmutó.

—¿Cree que sus bravatas me asustan? —porfió.

—Es la última vez que se lo advierto —declaró Loretta—. La próxima ocasión le cortaré la cara en aspa. ¿Me ha comprendido?

Hubo una corta pausa de silencio. De repente, Melody empezó a actuar.

Hubo un vivo remolino de brazos que se movían, piernas violentamente agitadas y faldas aleteantes. De súbito, Loretta salió despedida con fuerza y rodó por el suelo, hasta quedar al pie de un biombo que utilizaba para cambiarse de ropa.

Estaba aturdida. No comprendía qué había sucedido ni cómo el puñal había pasado a manos de su visitante.

Melody sonrió, mientras lanzaba el puñal al aire para asirlo por la punta.

—Volveré por *The Wild Rose* siempre que se me antoje. Y no vuelva a amenazarme; sus bravatas me hacen reír —dijo desdeñosamente.

El puñal voló de repente. Loretta lanzó un chillido al sentir que se clavaba en el biombo, a menos de dos centímetros de su oreja izquierda.

—También habrá próxima vez para usted —añadió Melody—. Si vuelve a intentar algo parecido, apuntaré un poco más abajo. ¿Comprende? Más abajo y hacia el centro. Imagínese dónde se clavará el puñal.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Apenas había salido al pasillo, se tropezó con Stone.

—¡Señorita Fenner! —exclamó el individuo—. ¿Qué hace usted aquí?

Su sorpresa era genuina. Melody sonrió.

—Me llamó Loretta —contestó—. Se siente muy enojada de su carácter voluble, señor Stone.

—¿Cómo? —respingó el hombre.

—Sí. Me ha pedido que no vuelva más por aquí. Al parecer —añadió Melody incisivamente—, teme perder su afecto. Buenas noches, señor Stone.

Y pasó por delante de él, simulando altivez y orgullo herido.

Stone vaciló un instante. Solo un instante; luego, echó a correr tras ella.

—Espere un momento —dijo—. Usted y yo tenemos que hablar, señorita Fenner.

CAPÍTULO X

Halley Stone preparó dos combinados, llenó las copas correspondientes y entregó una a Melody. La joven estaba sentada indolentemente en un diván del apartamento de Stone.

—Confío en que le guste —dijo el exparacaidista.

—Ahora mismo le daré mi opinión —contestó ella. Se mojó los labios—. Vale, Hal.

—¿Solo «vale»? —preguntó él, simulando decepción.

—Bueno, no se lo he tirado... a la alfombra —sonrió Melody—. Está muy bueno, sinceramente. Hal, ¿de qué íbamos a hablar?

Stone tomó un sorbo de su copa.

—De usted y de mí —contestó.

—Ah, creí que me iba a decir algo de Loretta.

Stone se encogió de hombros.

—Somos buenos amigos, simplemente —contestó—. Ella es un poco fantasiosa, eso es todo.

—El puñal con que me amenazó no era ninguna fantasía, Hal —dijo Melody.

—Yo me refiero a las fantasías que se ha hecho respecto a nuestra amistad.

—Entiendo. Parece que tiene poco aguante, ¿no es cierto?

Stone hizo una mueca.

—Es guapa, pero vulgar. No me agrada del todo —respondió.

—¿Y yo?

—Usted es otra cosa —Stone la devoraba con los ojos—. Usted tiene algo que Loretta no tendrá jamás: clase. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Me halaga en exceso, Hal.

—Digo la verdad, Melody. ¿Qué hace usted? —preguntó él de repente.

—Trabajo, Hal.

Stone enarcó las cejas.

—¿Trabajar? ¿Con esa cara? ¿Con ese tipo? —exclamó.

—Dirijo una... pequeña oficina legal —contestó Melody—. Aunque usted no se lo crea, y me proporciona buenos ingresos.

—Sí, viendo su indumentaria, me lo creo —Stone meneó la cabeza—. Nunca me figuré que trabajase. Por cierto, ¿dónde ha estado estos días? La he llamado casi de continuo...

—Lo sé. La grabadora de mi teléfono recogió sus mensajes. Estuve fuera, atendiendo los asuntos legales de un cliente. Regresé hoy, recogí sus mensajes y se me ocurrió que podía encontrarle en *The Wild Rose*.

—Tengo una pequeña participación en el negocio —confesó Stone—. Por eso acudo allí con frecuencia.

—Entiendo —Melody se puso en pie—. Tendrá que dispensarme, Hal.

—¿Cómo! ¿Ya se marcha usted?

Ella sonrió.

—Recuerde, vine aquí solo para tomar una copa —dijo.

—Sí, pero...

—Se me hace tarde —insistió Melody.

Stone se acercó a ella. Sus ojos ardían.

—Es usted la mujer más hermosa que he conocido jamás —dijo con voz apasionada.

Melody soltó una risita.

—Es una frase vulgar, pero ¿a cuántas le ha dicho antes lo mismo?

—Le aseguro que...

—Por favor, Hal...

Stone no hizo caso de las protestas de Melody. De pronto, con gesto vehemente, rodeó con los brazos su esbelta cintura y se inclinó hacia ella.

—Cuidado —advirtió Melody suavemente—. Se va a abrasar.

—Ardería por usted —murmuró él—. Por usted sería capaz de cometer cualquier locura.

—Incluso de robar, ¿verdad?

Stone se sorprendió un instante, pero asintió casi en el acto.

—Capaz de robar y de matar —dijo roncamente. Y de nuevo buscó los labios de la joven.

Ella interpuso la mano.

—Aquí, no, Hal —dijo prohibitivamente.

—¿No? Es un sitio tan bueno como otro cualquiera...

—Yo lo encuentro muy vulgar, y no se ofenda por ello, Hal.

—Pero...

Melody se desasíó hábilmente.

—Ya nos veremos, Hal —prometió.

—¡Espere! —dijo él, alargando una mano hacia la joven.

—Dígame, Hal.

—Tengo una... casita en el campo. Es un lugar encantador, aislado... Tal vez allí...

Melody sonrió.

—Tal vez, aunque no le prometo nada —contestó.

—Volveré a llamarla por teléfono —dijo el exparacaidista.

—Esta semana tendré bastante trabajo —alegó la joven.

—¿El fin de semana? —propuso Stone.

Melody le dio la mano.

—Quizá —respondió evasivamente—. Llámeme dentro de tres días.

—Lo haré. El fin de semana, Melody.

—Veremos. Hal, el combinado estaba muy bien preparado. Buenas noches.

—Buenas noches, Melody.

Ella abandonó el apartamento. Momentos después, salía a la calle.

Habían ido a casa de Stone en un taxi. Suspiró; ahora tendría que volver en otro para buscar su coche, situado no lejos de *The Wild Rose*.

Un taxi rodó lentamente a lo largo de la acera. La portezuela posterior se abrió apenas había recorrido Melody cincuenta pasos.

—Sube —dijo una voz masculina.

Ella se volvió, vivamente sorprendida.

—¡Brent! —exclamó. Y una vez dentro del coche inquirió—: ¿Qué hacías tú aquí?

—Esperarte, ¿no lo estás viendo?

Melody frunció el ceño.

—¿Esperarme... o espiarme? —dijo.

—Ambas cosas, pero no lo tomes por lo que no es —contestó él

—. No me gusta que corras peligros...

—Habla más bajo —pidió ella, señalando con la cabeza al conductor.

—Soy de confianza, Melody —dijo el taxista, riendo.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¡Si es Jock!

—En efecto. Adelante, sigan peleándose; resulta muy divertido.

—A mí no me divierte en absoluto —refunfuñó el exfederal—. Melody, has estado mucho rato en el apartamento de Stone.

—Sí —admitió ella, sin inmutarse—. La velada ha resultado sumamente interesante, créeme.

—No lo dudo en absoluto. ¿Has conseguido algo?

—Sí, la seguridad de otra velada aún más interesante.

Lothar murmuró algo entre dientes. Thomas se echó a reír.

—No seas celoso —dijo—. Ella... ha estado con Stone en cumplimiento de una misión.

—Ciertas misiones me revientan —gruñó Lothar.

Melody sonrió divertida.

—Entonces, cuando sepas que me ha invitado a pasar con él un fin de semana, te tirarás de los pelos.

—¡No dejaré que vayas...!

—Brent —dijo ella, ahora muy seria—, me disgusta tu actitud. Pareces un chiquillo... y ya no estás en edad de hacer y decir ciertas cosas. Stone me ha hablado de una casa de campo. Iré.

—¡Una casa de campo! —repitió Thomas.

—Así es. ¿Qué se creen que andaba buscando?

—Yo ya me lo imaginaba —dijo el detective.

—Lo siento, Melody; no volverá a suceder —se excusó Lothar. Ella sonrió.

—Te comprendo, Brent —dijo, reclinándose en el asiento—. Dame un cigarrillo, anda.

Momentos después exhalaba el humo con aire placentero.

—Y si eso no diera resultado —añadió—, cuento con una posible colaboradora. No lo hará voluntariamente, por supuesto... pero esta noche se ha portado como Brent.

—¿Alguna mujer? —preguntó el joven.

—Sí. Loretta Seann. Está loca por Stone. Tal vez podamos aprovechar sus celos, ¿no crees?

—Si tú lo dices —contestó Lothar, no demasiado convencido, sin embargo.

—Es una posibilidad que no conviene desechar —declaró Melody—. A propósito, Jock, ¿qué habéis averiguado de aquella casa de campo?

Thomas meneó la cabeza.

—Olvidémosla —contestó—. Sus propietarios son gente que está absolutamente fuera de toda sospecha. Tendremos que continuar investigando.

—No hay mucha prisa —dijo Melody—. A fin de cuentas, todavía ha de pasar mucho tiempo antes de que empiecen a gastar el dinero del botín.

—Si las cosas siguen como ahora —manifestó Lothar—, pronto habrá solo uno para gastar el dinero: Stone.

—Todavía queda Louie El Fino, por lo menos. Y dadas las características del atraco, tuvieron que intervenir varios más; no olvidemos que utilizaron un helicóptero pesado y un aparato de este tipo precisa de dos pilotos. Alguien, además, tenía que aguardar en el escondite...

—En resumen, aparte de Stone y Louie El Fino, aún quedan cuatro por lo menos —dijo Lothar.

—Así lo creo yo —contestó Melody con voz firme.

* * *

Dormía profundamente, cuando el timbre del teléfono la despertó. Melody sacó su brazo marfileño del embozo de las sábanas y asió el aparato.

—¿Sí? —murmuró con voz soñolienta.

—¿Fenner? —preguntó un hombre.

—La misma. ¿Quién es?

—Wald. Tengo noticias para usted.

—Es rápido, Dexi. Hable.

—Louie vive en un pequeño apartamento de la calle 110 Este, número ochocientos veintidós. Sexto piso, puerta B.

—Gracias, Dexi. Lo tendré en cuenta para lo sucesivo.

—Esto se merece algo más que unas palabras de gratitud —

refunfuñó el chantajista.

—Se merece que olvide las cosas sucias que hizo antes —respondió Melody secamente.

Y colgó el teléfono.

Después de algunos segundos de reflexión, apartó las ropas de la cama a un lado y se puso en pie. Estiró los miembros con gesto voluptuoso. Se notó un tanto entumecida.

—He descuidado mis ejercicios físicos —murmuró.

Lizzy entró en aquel momento.

—Buenos días, señorita. He oído el teléfono y...

—Sí, me despertó antes de tiempo —sonrió Melody—. No importa; así haré mis ejercicios más pronto. Luego me darás masaje.

—Sí, señorita. ¿Tiene que hacerme alguna indicación sobre la ropa que se va a poner hoy?

—La malla negra y el impermeable oscuro, nada más —contestó Melody.

Llevaría algunas otras cosas, pero las prepararía personalmente.

CAPÍTULO XI

Melody se detuvo ante la puerta de la vivienda que ocupaba Louie El Fino. Sacó un aparato, que parecía un estetoscopio de los usados por los médicos, pero dotado de un micrófono ultrasensible, y lo aplicó a la puerta.

No se oía el menor ruido. Con aquel aparato habría podido captar hasta el ruido de la hoja de un libro al ser vuelta.

El piso estaba vacío. Melody guardó el micrófono y sacó unas ganzúas.

Pronto encontró la adecuada. Momentos después, pasaba al interior.

Cerró la puerta, dejándola tal como la había hallado. Encendió la luz.

Era un apartamento pequeño, pero decorado con gusto. Melody dio unos pasos por el saloncito y paseó la vista a su alrededor.

¿Encontraría allí alguna pista que le indicase dónde estaba el dinero robado?

Sabía que acabaría por hallarlo, pero prefería acudir a la cita con Stone en plan de vencedora. Louie El Fino podía ayudarla mucho.

Empezó a registrar el piso. Una primera intentona resultó fallida.

Descansó unos minutos. De pronto, reparó en un detalle que le había pasado desapercibido en un principio.

El diván de la sala carecía de patas. Era como un gran cajón alargado, de madera buena, bien barnizada, por supuesto, pero que parecía destinado a guardar las ropas que se usaban si el diván era utilizado como lecho en caso de un huésped imprevisto.

Sin embargo, no parecía tener ranuras que indicasen la existencia de un cajón. Melody lo revisó cuidadosamente con resultado negativo.

Sentóse un momento y apoyó el codo en uno de los brazos del diván. Lo hizo con gesto un tanto brusco y entonces oyó un ligero chasquido.

Algo le golpeó en la parte carnosa de las pantorrillas. Bajó la vista.

Parte de la tapa inferior giraba sobre unas charnelas habilísimamente disimuladas. El brazo accionaba el resorte de apertura.

Se arrodilló al pie del diván. Había un hueco, en donde divisó dos pistolas ametralladora, dos revólveres, ambos con silenciador y una caja con granadas de mano. También había una maleta en forma alargada.

—Vaya arsenal —comentó a media voz.

Metió la mano y sacó la maleta. Hizo presión en los cierres y la tapa se levantó por sí sola.

El rifle empleado para matar a Danby estaba allí, despiezado. Tenía silenciador y mirilla telescópica. Era semiautomático, de modo que el tirador podía descargar los diez cartuchos del peine en cinco segundos.

Melody se puso en pie, sosteniendo el cañón del rifle con ambas manos. Era un arma de precisión, capaz de conseguir un blanco, a poco buen tirador que se fuera, a cuatrocientos metros.

Entonces se abrió la puerta y entró Louie El Fino.

Melody alzó los ojos. Louie la miró con asombro.

Era un sujeto más bien menudo, de ojos vivaces y nariz aguileña. Su expresión indicaba una gran astucia y, al mismo tiempo, una falta absoluta de piedad.

Hubo un silencio. De pronto, Louie metió la mano en el interior de su chaqueta.

Veloz como el pensamiento, Melody estiró ambos brazos. El cañón del rifle voló horizontalmente y fue a chocar contra el labio superior del pistolero.

Louie emitió un rugido de dolor y se tambaleó. Melody saltó hacia él.

A pesar de todo, Louie insistía en sacar el arma. El filo de la mano de Melody le golpeó en el cuello, bajo la oreja izquierda. Louie se desplomó, fulminado.

Melody se inclinó sobre él y le registró cuidadosamente. Louie era portador de una pistola y de una navaja de resorte, las cuales arrojó a un lado. Luego rebuscó en sus bolsillos.

Encontró una agenda. Leyó las notas escritas en la misma, sin dejar de vigilar al caído con el rabillo del ojo. No parecía que allí hubiera anotado algo interesante.

Louie empezó a moverse. Momentos después, se sentaba en el suelo.

Miró a su alrededor con ojos aturridos. Melody estaba frente a él, los pies ligeramente separados y las manos en las caderas.

—Hola, Louie —saludó—. ¿Te encuentras bien ya?

El pistolero hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que busca? —preguntó.

—Mi nombre no te interesa por ahora —respondió ella—. En cuanto a la otra pregunta, diré que busco a un asesino.

Louie palideció.

—No sé nada de lo que me está diciendo —gruñó.

—Disparaste contra Danby desde la casa de enfrente, con un rifle provisto de silenciador... ese mismo que guardabas despiezado en la maleta. ¿Eres capaz de negarlo?

Hubo una pausa. Louie se mordió los labios.

—Tú no actuabas por tu cuenta —dijo Melody—. Obedeces a alguien. ¿Quién es?

El asesino continuaba callado. Melody prosiguió:

—Esos asesinatos tienen como motivo fundamental el robo de cinco millones de dólares. ¿Dónde están?

—No sé nada —gruñó El Fino.

Melody suspiró.

—Se lo dirás a la policía —indicó.

—¿Me va a llevar usted detenido? —se burló el pistolero.

—Usaré tu teléfono.

Melody dio dos pasos laterales. El teléfono estaba cerca de ella.

Una silla voló repentinamente por los aires, impulsada por el pie derecho de Louie. Melody elevó los brazos para parar el golpe, pero le falló una pierna y cayó al suelo.

Lanzando un grito de alegría, Louie se arrojó sobre ella. Melody apoyó los hombros en el suelo, disparando los pies.

El asesino salió rebotado. Cayó de espaldas, pero era un sujeto agilísimo y se incorporó en el acto.

No obstante, Melody se había recuperado también. Louie atacó

con los puños.

Ella paró el primer golpe, agarró el antebrazo de su adversario y lo retorció violentamente. Louie siguió el movimiento y dio una voltereta en el aire.

Mientras caía cabeza abajo, agitó las piernas a modo de látigo. Melody hubo de echarse hacia atrás para eludir un doble golpe de tacón, que habría acabado con la pelea en el acto.

La joven hubo de reconocer que Louie era un adversario peligroso. No solo era buen tirador, sino que conocía todos los secretos de la lucha.

Lome se contorsionó rapidísimamente. Melody quiso agarrarle por los tobillos, pero él contestó con una doble patada que lanzó a la joven piernas en alto. Louie saltó sobre ella despiadadamente, tratando de aplastarla con sus pies, pero Melody giró sobre sí misma y los tacones del pistolero golpearon inútilmente el suelo.

Todavía caída, Melody movió el brazo derecho en semicírculo. Alcanzó la pierna de Louie y este cayó sentado. Ella estiró una pierna y le golpeó en la cara.

Louie lanzó un rugido de dolor; el golpe había ido a parar al mismo sitio donde antes había recibido el del cañón del rifle. Sus labios sangraron profusamente.

Melody se incorporó, Louie parecía haber perdido la iniciativa.

—Voy a llamar a la policía —insistió ella.

El pistolero reaccionó una vez más. Se puso en pie de un salto y cargó contra la joven. Melody levantó ambos brazos para parar el golpe.

Agarró las muñecas de Louie y se inclinó. Cargó con el hombro izquierdo y giró sobre sí mismo. Louie salió despedido con indescriptible violencia.

Su cuerpo chocó contra la pared y cayó al suelo. Melody creyó oír un chasquido de huesos.

Inspiró profundamente unas cuantas veces, para normalizar su respiración. Luego observó a Louie.

El pistolero estaba hecho un ovillo a los pies de la pared. Sin embargo, su cabeza aparecía doblada en un ángulo extraño.

Melody se arrodilló a su lado. Los ojos de Louie estaban vidriosos.

Comprendió lo ocurrido. El choque le había fracturado las vértebras cervicales, matándolo instantáneamente.

Meneó la cabeza. Un nuevo contratiempo... aunque un asesino había sido castigado. Tendría que actuar por el lado de Stone.

Sin embargo, habría preferido que Louie le hubiera dicho el paradero de los cinco millones. Conociéndolo, hubiera representado una baza importante en sus manos. Stone, lo sabía positivamente, era muy escurridizo.

Tendría que ser más lista que él para derrotarlo, fue la conclusión a que llegó poco después, mientras apagaba las luces para abandonar la casa sin ser vista.

* * *

Jack Charlton apagó las luces del salón. Jock Thomas encendió el proyector. La imagen de un edificio se proyectó en la pantalla.

—Creo que esa es la guarida —dijo Jock.

Melody observó la casa. Era de planta y piso, relativamente antigua, con tejado a dos aguas y una gran chimenea de mampostería en el lado norte. Al lado opuesto había un gran cobertizo adosado, que, presumiblemente, se destinaba a garaje.

Delante de la casa había una piscina moderna, llena de agua, según se observaba en la fotografía. En la parte posterior se advertía un trozo de prado completamente despejado, de más de cincuenta metros de ancho, por casi sesenta metros de largo.

El jardín era de notables dimensiones y estaba rodeado por una tapia de ladrillo de un par de metros de altura. La tapia tenía dos puertas, una de las cuales daba a un camino que conducía, según el plano, a la carretera más cercana.

La segunda puerta permitía el acceso a un camino que serpenteaba entre unas colinas próximas, deshabitadas. El plano lo indicaba asimismo con toda claridad.

—Hay dos hombres aquí, observando nuestro vuelo —dijo Charlton, indicándolos con un puntero—. El prado es un excelente terreno de aterrizaje para el helicóptero.

—Pero el helicóptero traspasó la carga mucho antes de llegar a la casa —objetó Melody.

—Por supuesto —terció Lothar, también presente en la reunión—. Pero en alguna parte debe esconderse. Opino que después de transbordar la carga, los pilotos continuaron su vuelo y se escondieron en alguna vaguada desierta. Por la noche, despegaron de nuevo y, a la madrugada, aterrizaron en la casa.

»Hay otros edificios relativamente cerca. Durante el día, podrían haber visto el helicóptero. O si era a primeras horas de la noche, haber oído el ruido de sus motores. La llegada pasó desapercibida a altas horas, cuando todo el mundo dormía. En cambio, un tractor agrícola con remolque, llegando por la parte de las colinas, no llamaría la atención, suponiendo que fuese visto.

—Tienes razón —convino Melody—. Sin embargo, el cobertizo me parece demasiado pequeño para albergar un helicóptero pesado.

—Bueno, basta para ello desarmar las paletas del rotor y desconectar la cola. El helicóptero es más largo que el cobertizo, por supuesto, pero este posee la suficiente amplitud para contener el aparato partido en dos o tres secciones. Pueden necesitarlo otra vez y les conviene tenerlo a mano para una emergencia.

Melody asintió.

—Es muy probable que esa sea la causa, en efecto —murmuró—. Pero ¿cómo comprobarlo?

—Una incursión —propuso Thomas.

—¿Nocturna?

—Desde luego —dijo Charlton.

Melody volvió a reflexionar unos momentos.

—¿Conocéis el nombre del propietario? —preguntó.

—Sí —respondió Lothar—. Lo he averiguado en los registros oficiales. La casa pertenece a un tal Wallis Geery.

—¿Profesión?

—Agente de Bolsa.

—¡Hum! —dijo Melody.

—¿Te parece raro? —preguntó Lothar.

—No. Pensé que pertenecería a Stone. Aunque tal vez tiene una doble existencia —sugirió ella.

—Es posible —admitió Lothar—. Bien, ¿qué propones?

Melody vaciló unos momentos.

—Vamos a volar sobre la casa —dijo al cabo—. A quinientos

metros de altura, un par de pasadas solamente.

Thomas encendió la luz.

—¿Los cuatro? —preguntó.

—No. Iremos Brent y yo solos —contestó ella—. ¿Estás listo, Brent?

—Cuando quieras, Melody —respondió el joven.

CAPÍTULO XII

Los prismáticos de diez aumentos reducían la distancia a cincuenta metros. Melody observó detenidamente la casa, mientras Lothar gobernaba el aparato.

—Veo a cuatro hombres jugando a las cartas en el jardín, al sol, cerca de la piscina —dijo a poco.

—Son ellos, no cabe duda —exclamó Lothar excitadamente—. ¿Dónde pueden guardar el dinero?

—Hay un sótano en la casa... Aléjate tres o cuatro mil metros y vuelve de nuevo. Daremos otra pasada tan solo, para no hacernos sospechosos.

—Muy bien.

Minutos después, el helicóptero emprendía el regreso. Melody volvió a mirar a través de los prismáticos.

—Bien, ahora hay un par de bañistas —dijo.

—El tiempo no es muy apropiado para usar la piscina —comentó Lothar.

—Algunos se bañan todo el año y hoy hace calor —respondió ella. De pronto dijo—: Encuentro algo raro...

—¿Qué es? —preguntó Lothar.

Melody se mordió los labios.

—No lo sé —respondió—. Es como cuando contemplas un cuadro y notas algún detalle que desentona y, de momento, no sabes hallarlo. La composición ha quedado imperfecta y, sin embargo, no conoces las causas.

—Hasta que alguien te lo señala y encuentras el detalle de la imperfección.

—Justamente —admitió ella—. He visto algo raro... —repitió— y no sé de qué se trata.

—Podemos averiguarlo a la noche —sugirió Lothar.

—Habrá algún vigilante, Brent.

—No somos mancos, Melody.

—Ya lo sé, pero no me gustaría levantar la liebre antes de tiempo —frunció el ceño—. Si esa es la casa a la cual me piensa invitar Stone, ¿qué hacen ahí sus cuatro cómplices?

—Tal vez los desaloje el fin de semana.

—¿Dejándole a él solo con cinco millones?

—Melody, no se trata de un cheque que pueda llevarse en la cartera. Los cómplices de Stone saben que este no podría dejarles sin su parte.

—A menos que emplease un medio adecuado de transporte —observó ella.

—¿Por ejemplo?

Melody calló un momento.

—No lo sé... quizá una pequeña furgoneta comercial. Los sacos con el dinero, bien apilados, cabrían cómodamente en el departamento de carga.

—Es posible —dijo Lothar—. De todas formas, los cómplices no desalojarán fácilmente la casa. O se irán con su parte, en todo caso.

De nuevo callaron los dos.

—Brent, a la noche iremos tú y yo a explorar —decidió ella—. Solo a explorar, ¿comprendes?

—Sí. Quieres comprobar si de veras es la casa donde se guarda el botín.

—Justamente. Opino que debe de estar muy hábilmente escondido. Necesitaríamos demoler la casa para encontrarlo... y no podemos perder tanto tiempo.

—Entonces, ¿cómo piensas hallar el escondite?

Melody sonrió maliciosamente.

—Bueno, no soy tan fea —contestó.

Lothar arrugó el entrecejo.

—Stone es muy listo —advirtió.

—Yo no soy tonta, Brent.

El joven lanzó un profundo suspiro.

—Como quieras —dijo—. De todas formas, lo piensas hacer...

—Sí, lo haré —aseguró Melody.

Aterrizaron en el jardín de la residencia. Brent observó, pasmado, el enorme camión que había aparcado en un rincón.

—¿Qué diablos hace ahí ese mastodonte? —exclamó.

Melody sonrió mientras saltaba al suelo.

—Puedo necesitarlo —dijo—. Lo he encargado especialmente, no solo para ahora, sino para cualquier contingencia futura. Y también un helicóptero pesado, capaz de izar cargas hasta de dos toneladas y media.

—¡Estás...! —Lothar se mordió los labios—. Bien, el dinero es tuyo —rezongó.

Melody le puso una mano sobre el brazo.

—No te enfades —dijo—. Sabes bien por qué lo hago.

Lothar asintió:

—Estarías mejor casada, con dos chiquillos...

—Es un punto de vista exclusivamente masculino —sonrió ella—. No es mala perspectiva, pero me siento muy bien como estoy... por ahora.

—Me gustaría ser un poco más bruto —rezongó él—. Entonces, te daría un par de azotes y te sacaría de la cabeza todas esas ideas disparatadas.

—Sigues sin cambiar de opinión —dijo Melody—. Cualquiera diría que has nacido en un país árabe...

—Es que te quiero, Melody. Tú no me crees, pero yo...

—Está bien, está bien, dejémoslo, Brent —rogó ella—. Ya conoces mi forma de pensar. Ten paciencia, te lo suplico.

Lothar extendió los brazos.

—No tiene remedio —masculló.

Melody se echó a reír:

—Anda, ven; quiero enseñarte algunas de las particularidades del camión. Mañana por la mañana irás a hacerte cargo del helicóptero pesado. Jock te acompañará. Será tu copiloto.

—¿También...? —se asombró el exfederal.

—También —corroboró la joven—. Y Jack podrá ayudarte igualmente en caso necesario. No podemos limitarnos a la rutina de unos simples automóviles, más o menos potentes.

—Modernizarse o abandonar —dijo él.

—Exactamente.

Saltaron la tapia sin ser advertidos. Había luna en menguante y ello les permitió ver los detalles con cierta claridad.

Melody y Lothar vestían de negro; ella con su clásica malla de una sola pieza, prolongada en una capucha que sujetando sus cabellos, dejaba solamente el óvalo de su rostro al descubierto. Brent usaba jersey de cuello alto y pantalones, ambos de color negro. Los dos llevaban calzado de suela de goma, cómodo y silencioso.

Avanzaron a través del jardín. La casa estaba a oscuras.

—Por fortuna no hay perros —cuchicheó Lothar.

—Piensan estar poco —dijo ella—. Además, se sienten seguros.

—Yo no lo estaría si hubiese participado en el robo de cinco millones de dólares.

—Ellos son así, no le des más vueltas.

Llegaron a la piscina. La luna cabrilleaba en la superficie del agua, rizada por ligeros, soplos de brisa.

—El cobertizo está allí —indicó. Lothar.

Rodearon la piscina, que era de forma cuadrada, y avanzaron hacia el cobertizo. Había una gran puerta plegable, de la anchura del cobertizo. Lothar observó que era muy sólida.

—Vamos a ver si hay alguna ventana...

Dieron la vuelta a la esquina más próxima. Melody descubrió en la pared una puertecita más pequeña.

—Entraremos por aquí —decidió—. Seguramente la usan para entrar en el cobertizo cuando no necesitan sacar ningún coche.

—Ahora, está el helicóptero.

—Sí, pero ellos no construyeron la casa. Recuerda que la han alquilado.

Lothar asintió.

Melody decía la verdad. Una posterior investigación les había hecho saber que Geery, el propietario de la residencia, la había alquilado mucho tiempo atrás a un tal Ole Kramm.

Melody empleó de nuevo las ganzúas. Momentos después, los dos jóvenes guardaron un completo silencio.

—Tenías razón —dijo él por fin.

El helicóptero yacía bajo el cobertizo, de la suficiente amplitud para contenerlo en dos partes. Las paletas del rotor estaban a un lado, sobre el suelo de cemento. La cola aparecía paralelamente al resto

del fuselaje, con la cabina y los motores.

—Esto indica que tenían planeado el golpe durante mucho tiempo —dijo Melody—. Un garaje cualquiera no habría servido; el techo hubiera resultado demasiado bajo.

—Sí, este cobertizo, en tiempos, estuvo destinado a otros usos. Almacén, granero... No importa ahora. ¿Qué hacemos Melody?

—Marcharnos. Ya hemos confirmado nuestras suposiciones. No nos conviene ser vistos. Espantaríamos la caza.

Lothar asintió. Apagó la linterna y salieron al jardín.

Melody cerró de nuevo. Poco después, se hallaban de nuevo en campo abierto.

Caminaron durante una hora, hasta alcanzar el helicóptero. Habían aterrizado a la distancia suficiente para no ser oídos por los ladrones. Sesenta minutos después llegaban a casa de Melody.

Lothar consultó su reloj.

—Ya hemos entrado en el viernes —dijo—. ¿Cuáles son tus propósitos? —preguntó.

—Dormiré unas horas y me iré a Nueva York —contestó ella—. Esperaré allí la llamada de Stone.

Lothar respiró con fuerza.

—Ten cuidado —dijo.

—Sí —contestó Melody simplemente.

* * *

Sonó el teléfono. Melody alargó la mano y levantó el auricular. Pronunció su nombre.

—Menos mal —dijo Stone—. Esta vez la he encontrado en su casa.

—Estoy trabajando —mintió ella.

—¿Es interesante su trabajo?

—Me da para vivir, Hal.

—Comprendo. Pero todo el que trabaja necesita descansar.

—Suelo hacerlo los fines de semana —sonrió la joven.

—Yo puedo proporcionarle un buen descanso para este fin de semana —indicó Stone.

—¿Dónde, Hal?

—Melody, sé su teléfono pero no su domicilio. ¿Por qué no me permite pasar a buscarla esta misma tarde?

—Tiene que ser mañana por la mañana —repuso ella—. Mi trabajo me tendrá ocupada todo el día.

—Lástima. Bien, ¿dónde vive?

—Hal, mejor que eso, ¿por qué no me dice usted dónde está su residencia campestre?

—Está un poco lejos de Nueva York —contestó Stone— y es preciso conocer bien el camino para no extraviarse. Deje que sea yo quien vaya a buscarla.

—Conforme, pero no hará falta que suba a mi casa. ¿Le parece bien mañana, a las nueve, en la esquina de la Quinta Avenida y la calle 70 Este? Es muy cerca de mi residencia...

—De acuerdo, Melody. Hasta mañana a las nueve en punto.

Melody colgó el aparato, con la sonrisa en los labios. Su plan se desarrollaba según lo había ideado.

Ahora faltaba comprobar un detalle. Levantó de nuevo el aparato y llamó a su residencia del otro lado del Hudson.

—Habla Charlton —dijo una voz masculina.

—Soy Melody. Acabo de hablar con Stone.

—¿Y...?

—Mañana, a las nueve, saldremos de Nueva York para su residencia. Comprueben los pasos que dan sus cómplices.

—Bien, enterado.

Charlton depositó el aparato sobre la horquilla y se volvió hacia los dos hombres.

—Melody está en acción —dijo.

Lothar se puso en pie.

—Muy bien. Vamos a ver si todo sale como ha dicho —contestó.

Momentos después, los tres hombres abandonaban la residencia. Lothar y Thomas iban en el helicóptero. Charlton conducía el camión pesado, en cuyos costados podía leerse el nombre de una supuesta compañía de transportes.

CAPÍTULO XIII

Tendido de bruces, sobre la hierba de una loma cercana, Jock Charlton observaba la casa de los bandidos a través de unos potentes prismáticos. Llevaba allí más de una hora y aún no había ocurrido la menor novedad.

La loma, sin embargo, no era muy alta. A pesar de todo, era el mejor observatorio que había podido hallar.

La tapia le ocultaba buena parte del jardín, incluso la piscina. Charlton podía ver justamente la base del edificio.

Un coche llegó a poco y se detuvo ante el portón de entrada. El conductor tocó el claxon. Un hombre salió de la casa y corrió a abrir.

El automóvil rodó hasta la puerta del edificio. Charlton, a través de las descripciones que le habían hecho, reconoció a Stone.

Stone entró en la casa, junto con el otro individuo. A poco, salió con todos los demás.

La tapia ocultó a Charlton los movimientos de los bandidos. Tomó el transmisor de radio y dio el contacto.

—¿Brent? —llamó.

—Adelante, Jock —contestó el exfederal.

—Stone acaba de llegar. Ahora está reunido con sus compinches en el jardín. No puedo ver lo que hacen; la tapia me lo impide.

—Estarán desenterrando el dinero.

—Es lo más probable. No desconectes, Brent.

—Conforme.

Pasaron bastantes minutos, casi media hora. De pronto Thomas vio de nuevo a los cinco hombres. Cuatro llevaban sendas maletas. Stone caminaba precediéndolos.

Uno de ellos se acercó a un automóvil negro y abrió la portezuela. Thomas presenciaba la escena con notable claridad, gracias a los prismáticos.

Stone hablaba con uno de los sujetos. El detective advirtió que la maleta pesaba bastante, no obstante su tamaño, relativamente

reducido.

El diálogo no parecía ser muy amistoso. Súbitamente, el individuo soltó la maleta y dio un paso hacia atrás, a la vez que se metía la mano en el interior de la chaqueta. Stone fue mucho más rápido. Sacó una pistola y disparó tres veces contra su adversario. El hombre agitó las manos, dio un par de pasos vacilantes y acabó por caer al suelo de bruces.

Los otros contemplaban la escena paralizados por el asombro. Stone se inclinó, agarró la maleta con la mano izquierda y se la arrojó a sus compinches.

—Brent —llamó el detective.

—¿Sí, Jock?

—Stone acaba de matar a uno de sus cómplices.

—¡Demonios! ¿Qué ha pasado?

—Parece que discutieron, probablemente por la cuantía del botín a repartir. El ladrón quiso tirar contra Stone, pero este se le anticipó y le ha derribado de tres balazos.

—Ese Stone no se anda con chiquitas. Una bonita ocasión para ponerle la mano encima, ¿no crees?

—Deja que el plan siga adelante. Ya encontraremos el cadáver en el jardín. ¡Cuidado!

—¿Qué sucede ahora?

Thomas demoró la respuesta unos instantes. Mientras hablaba con Lothar había visto que los forajidos colocaban las cuatro maletas en el departamento de equipajes. Luego entraron en el vehículo y el conductor puso en marcha el motor.

—Los tres supervivientes se repartirán el dinero del muerto —dijo Thomas—. El coche se dispone a abandonar la casa.

—¿Se queda Stone?

—Sí. Imagino que para ocuparse del cadáver... y preparar todo para su fin de semana con Melody.

Thomas oyó una exclamación de enojo. Ello le hizo sonreír.

—¡Atención! ¡El coche de los ladrones se dirige hacia la salida! Es negro, con matrícula N. Y. 9-8744. ¿Entendido?

—Muy bien. Sigue a la escucha; nosotros te indicaremos adónde debes dirigirte.

—Entendido.

Thomas dejó el transmisor a un lado. Mientras, vigilaba a Stone.

El exparacaidista agarró el cadáver por los pies y se lo llevó fuera de la vista de Thomas. La tapia ocultó los movimientos de Stone.

«Lo dejaré bajo algún arbusto y lo enterrará a la noche», dedujo.

Stone reapareció minutos después, sacudiéndose el polvo de las manos. Caminó directamente hacia la casa y desapareció en su interior.

Los disparos no habían hecho ruido. Thomas había podido percatarse de que Stone había usado una pistola provista de silenciador.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, sonó la voz de Lothar:

—¿Jock?

—Sí, adelante.

—Tenemos localizado el coche de los ladrones. Dirígete hacia el sur. Mantén una velocidad de setenta kilómetros por hora, apenas llegues a la carretera. No pierdas el contacto.

—Entendido.

Jock se colgó los prismáticos del cuello y echó a correr hacia una vaguada cercana, donde había dejado el camión pesado. Trepó a la cabina, dio el contacto y el vehículo arrancó.

El camino estaba en desuso, por lo que la marcha del enorme artefacto debía ser forzosamente reducida. El camión se hallaba provisto de transmisor propio, que Jock puso en funcionamiento, conectándolo a la frecuencia convenida.

Un cuarto de hora más tarde, salió a la carretera y tomó rumbo sur. Aceleró hasta que la aguja del velocímetro marcó la cifra de setenta.

Entonces, desenganchó el micrófono y llamó:

—¿Brent? Habla Jock.

—Adelante. ¿Ocurre algo?

—Estoy en la autopista; dirección sur, setenta kilómetros por hora. ¿Otras instrucciones?

—No, sigue así por ahora. Ya te llamaré.

—Muy bien.

El camión continuaba rodando. Cinco minutos después, llamó Lothar:

—Jock, métete por el primer desvío de tu derecha, el que va al

oeste.

—Entendido.

Thomas alcanzó el desvío un minuto más tarde. Cruzó la autopista por un paso elevado y tomó la dirección señalada.

—Jock —dijo Lothar de pronto—, atención, el coche de los bandidos va detrás de ti.

—¿Distancia?

—Seiscientos metros, ganando terreno. Va a ciento veinte por hora.

—¿Acelero?

—Sube a noventa.

—Muy bien.

Thomas pisó el acelerador. Las cuatro potentes ruedas motrices aumentaron sus revoluciones. El detective lanzó una mirada al retrovisor y pudo ver a un coche negro que se hallaba a unos trescientos metros de distancia, ganando terreno paulatinamente.

Ole Kramm, el hombre que había alquilado la casa de campo, conducía el automóvil negro. Sus facciones aparecían contraídas por la rabia.

—Os digo que debimos haber liquidado a Stone —masculló de pronto—. No tenía razón cuando mató al pobre McGinnis.

—Él se lo buscó —dijo otro de los bandidos—. A fin de cuentas, Stone cumplió su palabra y nos dio nuestra parte.

—Es poco —masculló Kramm obstinadamente—. Él se queda con casi todo...

—Pues a ti te ha dado doscientos mil «pavos», que no son ninguna fruslería. Y si cuentas ahora con la parte de McGinnis, la tuya rebasa ahora el cuarto de millón ampliamente... ¡Cuidado con ese camión! —advirtió el forajido de pronto.

Desde el helicóptero, Brent advirtió:

—¡Atención, Jock; el coche de los bandidos se dispone a adelantarte!

—¡Le cerraré el paso, Brent!

—Muy bien. Prepárate para actuar cuando yo te lo diga.

La bocina del coche negro sonó furiosamente. Kramm lanzó una maldición:

—¡Ese tipo se ha vuelto loco! ¿Por qué se pone ahora en el centro

del camino?

—¿Quieres que le reviente un par de ruedas a balazos? —preguntó uno de sus compinches.

—No, déjalo, no conviene que nos hagamos sospechosos. ¡Estúpido, apártate a un lado! —vociferó Kramm.

Un extraño ruido sonó de pronto sobre sus cabezas. El bandido que iba al lado de Kramm se asomó por la ventanilla.

—¡Eh! —gritó de repente—. Tenemos un helicóptero encima de nosotros.

Kramm volvió a jurar. En aquel punto, la carretera era de dos carriles por banda, cada una de las cuales estaba separada por un seto de más de metro y medio de anchura. Resultaba imposible pasar al camión, sin riesgo de sufrir un accidente.

—Baja más —indicó Jack Charlton en el helicóptero—. La cosa está a punto de caer.

—Querrás decir a punto de ascender —rio Lothar, mientras hacía perder altura al helicóptero—. Avisa cuando hayamos alcanzado la cota.

—Sigue, sigue... así, muy bien... Cuidado, que voy bajar las eslingas. Mantén el mismo nivel, Brent. Avisa a Jock que haga su parte.

—De acuerdo —Lothar llamó a Thomas—. ¿Jock?

—Sí, dime.

—Prepara el camión. Estamos a punto de pescar la presa.

—Enterado.

Dentro del automóvil, los bandidos juraban y vociferaban, ebrios de ira. De pronto, Kramm vio algo que le llenó de extrañeza:

—¡Eh! ¿Qué diablos pasa en ese maldito camión?

El techo del mastodonte se abría lentamente hacia arriba en dos mitades, como las hojas de un libro. Súbitamente, uno de los bandidos lanzó un grito aterrador.

—¡Quieren izarnos a lo alto! —chilló.

Un singular aparejo descendió del vientre del helicóptero. Antes de que los bandidos pudieran evitarlo, dos enormes tenazas asieron el automóvil por los costados y lo arrancaron del suelo.

La chapa de la carrocería crujió alarmantemente, pero la estructura resistió. Uno de los bandidos intentó arrojarle, pero

desistió al ver la velocidad con que el suelo desfilaba bajo sus pies.

El helicóptero ganó un poco de altura, lo suficiente para acercar el automóvil al camión. Las dos hojas que componían el techo permanecían en posición vertical, sujetas a los costados del vehículo por unas bisagras de indudable solidez.

—Ya está justo encima —dijo Charlton, que vigilaba la maniobra—. Mantente así, que voy a arriar.

—Muy bien —Lothar llamó a Thomas—: Jock, el coche negro está descendiendo.

—Entendido.

Las eslingas bajaron el automóvil, cuyas ruedas se posaron en el suelo del departamento de carga del camión. Charlton manejó los controles y las tenazas se aflojaron y subieron de nuevo.

—¡Cierra, Jock! —ordenó Brent.

Thomas presionó un mando del tablero del camión y las dos hojas del techo empezaron a cerrarse. Dentro de la caja, los bandidos habían abandonado el automóvil y buscaban un medio de evadirse de su prisión.

Uno de ellos se subió al techo e intentó evitar el descenso del techo. Tuvo que ceder; sus fuerzas eran harto insuficientes para detener la acción de la maquinaria.

El techo quedó cerrado por completo. Loco de ira, Kramm sacó la pistola.

—¡Ahora me van a oír esos bastardos! —gritó.

De repente, un chorro de vapor blanquecino irrumpió en el departamento de carga.

—¡Quieren gasearnos! —chilló uno de los atracadores, lleno de pánico.

Un chorro análogo brotó por la parte posterior. En menos de un minuto, el departamento estuvo invadido por el gas. Después de algunas toses y jadeos, los tres bandidos acabaron por derrumbarse al suelo.

—Jock, sepárate del camino en el primer desvío —dijo Lothar.

—Muy bien.

A poco, Thomas divisó una bifurcación. Refrenó la marcha del vehículo, golpeó el volante hacia su derecha y metió el camión por un camino secundario.

Diez minutos después, Lothar dijo:

—Está bien, Jock. Puedes parar; nosotros vamos a tomar tierra cerca de ti.

—O.K.

Thomas echó el freno. Una vez se hubo parado el camión, cerró el contacto y abrió parcialmente el techo.

La atmósfera del departamento de carga se ventiló rápidamente. El helicóptero aterrizaba a cien metros escasos.

Thomas corrió hacia la parte posterior y abrió la puerta. Sonrió al ver a los tres bandidos inconscientes en el suelo.

—Menudo chasco os vais a llevar al despertar —murmuró, mientras trepaba a lo alto del camión.

Levantó la tapa del portaequipajes del automóvil negro. Sacó una maleta, la puso en el suelo del camión y aflojó las presillas de cierre.

Lothar y Charlton llegaban en aquel momento.

—Los tres bellos durmientes —rió Jack divertidamente.

Thomas abrió la maleta. Dentro había un saco, aplanado, para que cupiera mejor, cuyo contenido era inequívoco.

—Dinero, chicos, dinero en abundancia —exclamó, lanzando el saco hacia el exfederal.

Lothar lo atrapó al vuelo. Soltó el cierre y aflojó la boca. Metió la mano en su interior.

Un fajo de billetes surgió en el acto. Lothar los examinó atentamente. De pronto, lanzó una fuerte exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Jock.

—¿Son falsos? —quiso saber Jack.

Lothar se echó a reír.

—Ahora empiezo a comprender por qué la cosa le parecía tan divertida a Reg Danby —contestó.

CAPÍTULO XIV

El automóvil describió una curva y se detuvo justamente frente a la puerta de la casa. Stone cerró el contacto, saltó al suelo, dio la vuelta por delante del auto y abrió la portezuela.

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo, inclinándose ante Melody.

La joven se apeó.

—Un poco antigua, pero de humilde nada —contestó—. Muy bonita, Hal.

—¿De veras? ¿Le agrada?

—Mucho, se lo aseguro.

Melody giró en redondo y examinó el jardín:

—Está bien cuidado... y tiene una magnífica piscina. Puede que luego me bañe, Hal.

Stone respingó.

—No es tiempo todavía —dijo.

—Hace bastante sol, pero ya lo discutiremos luego. Hal, ahora quisiera ir al tocador.

—Por supuesto. Le enseñaré su habitación, Melody.

La joven tomó su maletín de aseo. Stone la precedió, abrió la puerta y se echó a un lado.

—Me gustaría entrarla en brazos —dijo.

Ella le miró a través de las pestañas.

—Falta un requisito para que pueda hacer una cosa así —objetó.

—Lo sé. Quizá un día lo consiga, Melody.

—Corre usted mucho, querido —sonrió ella—. Por ahora, entraré sin necesidad de ayuda.

—Lo cual no deja de ser una lástima —suspiró él—. Venga, por aquí.

Atravesaron un espacioso salón, con una chimenea capaz de contener un novillo, y se dirigieron a una escalera que daba al piso superior. Stone se detuvo ante una puerta.

—Su habitación —dijo—. Tiene baño particular.

—Gracias, Hal. Por cierto, ¿quién va a preparar las comidas?

—Nosotros mismos, si no le importa.

—¿Vamos a estar solos?

—Absolutamente solos.

Melody sonrió.

—Hal, empiezo a tener miedo —declaró.

—Le aseguro que soy inofensivo, Melody.

—Es usted un magnifico embustero, Hal. Hasta luego.

—Hasta luego. Le subiré el equipaje enseguida —prometió Stone.

Melody entró en la habitación y se cambió de ropa rápidamente, sustituyendo el vestido que llevaba puesto por una blusa roja y unos cómodos pantalones. Se ató una cinta al pelo y se retocó los labios en el espejo.

Luego examinó el jardín a través de la ventana. Se preguntó dónde estaría enterrado el bandido muerto la víspera. Por muy bien que lo hubiese hecho Stone, habría huellas que indicarían el emplazamiento de la tumba con toda facilidad. Solo cuando creciera la hierba...

Stone llamó a la puerta:

—Su equipaje, Melody.

—Déjelo en el pasillo. Estoy cambiándome —contestó ella.

—Muy bien. Baje luego al jardín; le tendré preparado un refresco.

—Gracias, Hal.

Melody esperó unos minutos. Luego abrió y entró la maleta que estaba ante el umbral. Dejó pasar otros diez minutos más y entonces salió del dormitorio.

Stone se hallaba junto a una mesa, bien provista de botellas. Apenas la vio, le entregó un vaso mediado de líquido, con cubitos de hielo.

—Refrescante solo de verlo —sonrió ella—. A su salud, Hal.

Stone levantó también su vaso.

—A la suya, Melody —bebió un sorbo y la miró sonriendo—. Pasará un buen fin de semana; se lo aseguro.

—Si usted lo dice... Pero los dos solos... —Melody fingió cierto, temor.

—Hay una mujer que cuida de la limpieza de la casa y repone las provisiones y bebidas —dijo Stone—. Ella también tiene derecho: a

su fin de semana, Melody.

—Por supuesto. Oiga, Hal, ¿sabe que hace calor?

—Póngase a la sombra, así lo evitará —aconsejó él.

—No. Me gusta tomar el sol —Melody volvió a mirar hacia la piscina—... Dan ganas de tirarse vestida al agua.

—No lo haga. Podría atrapar un resfriado.

—Hal, debe saber que yo me baño con agua fría en todas las épocas del año —contestó ella.

—¡Brrr...! —Stone simuló espantarse—. En este tiempo, yo me moriría si me arrojase a la piscina.

—Entonces, ¿por qué la tiene llena?

—Hace decorativo, ¿no le parece? Una piscina vacía se llena de polvo, suciedad, hojas muertas... Así, con renovar el agua de cuando en cuando; el jardín queda más atractivo.

—Sí, comprendo. Oiga, Stone, la casa es muy bonita, pero ya le dije antes que me parecía un poco antigua.

Él se encogió de hombros:

—No lo puedo evitar. Es una herencia... y me sirve para mi descanso. No estoy en condiciones de derribarla y reedificarla de nuevo.

—Por supuesto, Hal. Yo no lo decía por eso. Quería decirle que... ¿Ha visto usted esas películas de «suspense», con un cadáver que nadie sabe dónde está y que aparece en el momento menos esperado?

Stone se puso rígido.

—Aquí nunca ha habido una muerte —dijo—. Violenta, me refiero.

Melody sonrió.

—Por favor, Hal, no tome a mal mis palabras —contestó—. Era solo una especie de comentario debido a la antigüedad del edificio. Dispénsame si le he ofendido.

—Claro que no —sonrió él—. Sí, a primera vista, da esa sensación, pero aquí no ha habido asesinados ni sus fantasmas se aparecen a la medianoche. Todo corriente, normal, vulgar... menos usted —dijo, acercándose a la joven.

Ella le dirigió una incitante mirada.

—Así que no me considera vulgar —murmuró.

—No. Usted tiene clase, Melody —las manos de Stone apresaron

su talle—. Eso es algo que no se puede comprar.

—Hal, no me ataque.

—Melody, estoy loco por usted.

El hombre intentó besarla. Melody se separó vivazmente.

—Cuidadito, Hal; no llevemos las amenazas al terreno de la práctica —dijo. De pronto, echó a correr hacía la casa—. ¡Aguarde un momento, por favor!

Stone contuvo una exclamación de enojo.

—¿Adónde va usted? —preguntó.

Melody se detuvo en el umbral, volvió la cabeza y le miró con expresión sonriente.

—¿Qué le parece mi indumentaria? —preguntó.

—Pues... Me gusta, claro.

—Espere un poco —pidió ella maliciosamente—. Voy a ponerme... otro vestido. Confío en que este le gustará más.

Melody desapareció en el interior de la casa. Stone lanzó un suspiro de resignación y levantó de nuevo el vaso.

—Un poco de paciencia, Hal —se dijo a sí mismo—. Al principio, todas se resisten, pero luego...

Melody volvió a los pocos minutos. Al verla con su nuevo atavío, Stone creyó que los ojos se le salían de las órbitas.

Ella se había puesto un traje de baño de dos piezas, de color rojo, que permitía contemplar sin apenas rebozo su escultórica anatomía. En el antebrazo izquierdo llevaba doblado un albornoz corto, de vivos colores, y unas gafas oscuras.

Melody se puso las gafas.

—¿Le gusto? —preguntó.

Stone parecía haberse quedado sin habla.

—¿No me dice nada? —continuó ella, en vista del silencio de su anfitrión.

—¿Es que... va a bañarse? —dijo Stone, articulando las palabras dificultosamente.

—Primero tomaré un poco el sol. Luego nadaré un rato... ¡Hum! La palanca de saltos está un poco alta para mi gusto —comentó.

Pasó por delante de él, caminando descalza sobre la hierba, lanzó el albornoz al suelo y se sentó encima, echándose un poco hacia atrás, frente al sol, llenándose los pulmones de aire con largas

inspiraciones.

Stone reaccionó y corrió hacia Melody, acucillándose a su lado.

—Melody —dijo.

—¿Sí, Hal?

—Por favor, no se bañe.

—Pero, Hal...

—Hace mal tiempo todavía. Puede acatarrarse...

—Ya le he dicho que estoy acostumbrada a bañarme en todo tiempo, Hal.

—Bueno, bueno, pero es que me da... aprensión. Hágalo por mí, Melody.

La joven se extrañó de la insistencia de Stone.

—Vaya, parece usted una abuela gruñona y anticuada —comentó.

—Lo hago por su bien, créame Dentro... dentro de un mes entraremos en el verano y... bueno, la temperatura del agua será distinta. Entonces nos bañaremos juntos, se lo prometo.

Melody dudó todavía un poco. La actitud de Stone le parecía incomprensible.

De súbito, sintió que la luz entraba en su cerebro.

—Está bien —dijo al cabo, simulando ceder—. Ande, Hal, tráigame algo de beber. Si tanto le preocupa, sustituiré la sesión de natación por una ducha en el cuarto de baño.

—Así está mejor —dijo Stone riendo.

Melody captó la expresión de inmenso alivio que aparecía en la cara de su anfitrión. En un segundo lo había comprendido todo.

El dinero estaba en la piscina. ¿En qué lugar?

Stone se alejó. Ella giró sobre sí misma y quedó boca ahajo, al borde de la piscina. Extendió el brazo y su mano se mojó en el agua.

Contempló el recipiente de líquido. Parecía normal... con una profundidad de unos tres metros bajo la palanca de saltos... pero, ¿por qué había visto ella algo raro desde el helicóptero?

Stone volvió y se arrodilló a su lado, con el vaso en la mano.

—Me mata usted con prohibirme el baño —se quejó ella, a la vez que le tomaba el vaso—. Cualquiera diría que ha implantado una nueva ley seca... aunque solo referente al agua, claro.

Tomó un sorbo, todavía boca ahajo, ahora apoyada en los codos. El dinero estaba en la piscina, sí, pero... ¿dónde exactamente?

De pronto, se le ocurrió una idea. Simuló que se le escapaba el vaso y lo dejó caer, de tal modo, que el agua lo llenó rápidamente y se hundió.

—¡Oh, qué torpe soy! —exclamó, fingiendo pesar.

—No importa —dijo Stone—. Le traeré otro refresco.

Se puso en pie y regresó junto a la mesa de los licores. Melody miró hacia abajo.

Frunció el ceño. Ella estaba relativamente cerca, en la parte central de la zona más honda de la piscina, allí donde la profundidad teórica debía de ser de unos tres metros. El vaso, sin embargo, y aun considerando los efectos de la refracción, parecía hallarse solamente a un metro de la superficie.

Reflexionó profundamente. Ella había visto a dos bandidos bañándose en la piscina... ¡pero estaban en pie, debajo de la palanca de saltos!

Esto era lo que había hallado extraño. Una persona no podía mantenerse en pie donde la profundidad del agua era de tres metros. Ahora sí se había hecho por completo la luz en su cerebro.

Recordó cierta fotografía de una piscina, que quedaba cubierta fuera de temporada. Aquella cubierta, sin embargo, quedaba a ras de los bordes.

En la piscina de Stone había un falso fondo, situado a un metro de la superficie, y tan perfectamente simulado el embaldosado, que daba la sensación de una profundidad real de tres metros. Un truco de perspectiva de decoración teatral, se dijo.

Levantó la vista. Al lado de la palanca de saltos, divisó una especie de manivela semioculta en un hueco practicado en el cemento del borde. Calculó que debía de ser la palanca que accionaba el desagüe.

Stone llegó en aquel momento con el vaso. Melody se puso en pie.

—Espere un instante —pidió.

Caminó a lo largo del borde, dobló el recodo y se arrodilló junto a la manivela, haciéndola girar inmediatamente.

Stone dejó caer el vaso, que se estrelló contra el suelo.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo? —gritó.

Melody cesó de dar vueltas a la manivela.

—Puesto que no voy a bañarme, ¿para qué tener agua en la

piscina? —contestó.

El rostro del exparacaidista estaba gris. Melody se irguió lentamente. Era una estatua de mármol viviente, con los detalles negro del cabello y rojo del bañador de dos piezas.

—Hal —dijo lentamente—, ¿verdad que debajo del falso fondo está la mayor parte del dinero robado al banco?

CAPÍTULO XV

Hubo una larga pausa. Melody sentía sobre sí la ardiente mirada de Stone.

Solo se oía el gorgoteo del agua al escapar por el desagüe. El nivel del líquido descendía con relativa rapidez.

—¿Quién es usted? —preguntó Stone al fin—. ¿Cómo sabe que yo...?

Ella sonrió. Caminó graciosamente hasta su albornoz, se inclinó, metió la mano en uno de sus bolsillos y extrajo una figurita negra que puso en las manos del atónito individuo.

—Esta soy yo, Hal —contestó.

Stone contempló mecánicamente la Reina Negra de ajedrez, en donde aparecían reproducidas las facciones de la joven.

—Había oído hablar de la Reina Negra —murmuró—, pero nunca supuse...

—Lo siento, Hal —dijo Melody—. ¿Querrá creer que en un principio quise ayudarle? Sí, cuando arrebaté a Wald unos documentos comprometedores para usted. Pensé que un oficial bien conceptuado podía haber tenido un momento de debilidad y me pareció que valdría la pena conocerle y sacarle del apuro. Me equivoqué con usted, Hal.

Stone cerró los dedos en torno a la figurita.

—Y por eso ha actuado todo el tiempo contra mí —dijo.

—Sí. Usted mató a Philips. ¿Recuerda? Yo iba a verle y usted me golpeó. ¿Por qué lo mató? ¿Por Loretta Seann?

—No. Pretendía la mitad del dinero. El resto para los demás.

—Usted planeó el golpe. Se nota su práctica de dirigir operaciones militares.

—¿Tan mal la realicé?

—No, todo lo contrario. Naturalmente, cometió algunos errores.

—¿Por ejemplo?

Melody reflexionó un instante.

—La verdad, los errores son mínimos —dijo al cabo—. Yo no habría reparado en ellos, a no ser porque se me ocurrió comentar que el autor de la operación la había dirigido y planeado estupendamente y que sus colaboradores habían actuado con disciplina enteramente militar. Entonces, es una de las cosas que primero se le ocurrió a la policía, pensé en el confidente que le informó del transporte del dinero.

—Reg Danby —dijo Stone.

—Sí. La policía, por ejemplo, sabía que había sido paracaidista en la 82ª División, pero no se les ocurrió relacionarlo con usted. Si yo no hubiese encontrado los documentos en casa de Wald, tampoco habría pensado en semejante relación. A partir de ahí, empecé a desenredar la madeja.

—¿Por qué fue a ver a Wald? —preguntó Stone.

—Hacía tiempo que le tenía «marcado» —contestó ella—. La profesión de chantajista es repugnante, Hal. Devolví todos los documentos comprometedores a sus dueños... incluso los que se referían a usted. Después de que supe que Philips era amigo suyo y me lo encontré muerto en su casa, ya no podía entregárselos a usted, sino al comandante de su batallón.

—¿Cómo ha encontrado la casa? Porque es de suponer que usted sabía ya que...

—También tengo un helicóptero, como el que está ahí, en el cobertizo —respondió ella—. Tomamos fotografías de casi cien edificios en unos cuarenta o cincuenta kilómetros a la redonda de la granja supuestamente ocupada por Eating. Puesto que no sabíamos dónde estaba el helicóptero, dedujimos que lo habían despiezado. Nos quedamos con la casa con un cobertizo de gran tamaño. Esta, Hal.

Melody hizo una pausa:

—Tardó tiempo en preparar el golpe, ¿verdad?

—Unos cuantos meses —declaró Stone—. Cinco millones merecían la pena.

—¿Se puso Danby en contacto con usted o viceversa?

—Él me buscó. Me habló de las grandes sumas que remitía y recibía su banco, con relativa frecuencia. Entonces fue cuando empecé a prepararlo todo.

—Incluso esta piscina.

—Sí. ¿Cómo adivinó lo del fondo falso?

—Anteayer sobrevolé la casa. Dos de sus hombres se bañaban. Vi algo raro, pero no supe captarlo en aquellos momentos. Hoy me he dado cuenta de que no es lógico que dos hombres permanezcan en pie, dentro del agua, justo debajo de la palanca de saltos.

Stone hizo una mueca.

—Estúpidos —masculló.

El nivel del agua continuaba descendiendo. Apenas si quedaba ya un palmo sobre el falso fondo.

—¿Por qué mató a Danby? Mejor dicho, hizo que lo matasen, Hal...

—No era un tipo seguro. Louie se encargó de él. Me confirmó que había visto a una mujer hablando con Danby. No la reconoció entonces.

—Ayer mató a otro. Le vieron, Hal —dijo Melody.

Stone se puso rígido.

—McGinnis —contestó—. Él quiso matarme a mí.

—Eso es cierto —admitió la joven—. Pero quedan en pie las muertes de Philips y de Danby.

—Ninguno de los dos podrá declarar contra mí.

—Tiene una pistola bajo la chaqueta. Compararemos los proyectiles —dijo Melody.

—Está en todo —declaró él, admirado—. Pero ¿ya sabe si podrá salir viva de aquí?

Una singular sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Hal, hace dos noches efectuamos una incursión en esta casa —manifestó—. ¿Cómo cree, si no, que encontré el escondite del helicóptero? Pero si espera montarlo de nuevo y escapar en él, abandone ese propósito. Dejamos los motores inutilizados.

—No olvida detalle, Melody —Stone hizo saltar la figurita negra en la palma de la mano—. A pesar de todo, pienso escapar.

—Kramm y los otros dos están prisioneros.

Stone arqueó las cejas:

—¿Cómo...?

—Sería largo de explicar, Hal. Bástele saber que digo la verdad. Ah, la piscina se ha vaciado ya —exclamó ella de pronto—. Hal,

¿cómo se abre el falso fondo?

—La manivela de desagüe, en sentido inverso. Cuando llegue al punto en donde se detiene, por quedar cerrado el desagüe, dé un fuerte empujón. La manivela girará media vuelta más y accionará el mecanismo de apertura.

—Muy ingenioso —admitió Melody—. Dígame, ¿está ahí debajo el cadáver de McGinnis? Me parece que ayer no tuvo tiempo de enterrarlo, al menos, de cavar una tumba que pueda pasar desapercibida.

Stone apretó los labios.

—Repito que él quiso matarme a mí —dijo.

—Ya sé; pedía más parte en el botín. Usted se defendió, lo cual, en cierto modo, es lógico. Bien, quiero ver el dinero, Hal. No se ofenderá, ¿verdad?

Y antes de que él pudiera objetar algo, le volvió la espalda y regresó junto a la palanca de saltos.

Arrodillándose en el suelo, hizo girar la manivela en sentido inverso. Sonó un chasquido. Melody apretó con fuerza. La manivela dio otra media vuelta más.

El falso fondo empezó a deslizarse silenciosamente, dividido en dos mitades. Un bulto de forma alargada, cubierto con un trozo de lona, apareció en el fondo auténtico.

Stone guardaba un silencio absoluto. Melody rodeó la piscina, buscó la parte de menor profundidad y descendió al fondo.

Momentos después volvía arriba con un pesado saco en las manos.

—Acompáñeme, Hal —pidió.

El hombre la siguió sin pronunciar palabra. Melody puso el saco en un espacio libre de la mesa y asió los cordones de cierre.

Miró fijamente a Stone:

—Hal, lamento decírselo, pero Danby le guardaba resentimiento desde aquel incidente ocurrido en Corea. No lo olvidó jamás. Usted sabe a qué me refiero, ¿verdad?

Stone asintió.

—Si es cierto, me engañó —dijo.

—Le ha engañado después de muerto —dijo Melody—. Danby no quería que usted se beneficiase con el dinero del robo. Tampoco,

quizá le interesaba que le detuviera la policía. Más bien pretendía burlarse de usted. ¿Sabe que todavía vivió unos momentos después de recibir los balazos mortales?

—No, no lo sabía.

—Yo estaba a su lado. Le oí hablar. Murió riéndose, así como sueña. Ayer supe por qué se reía de usted cuando agonizaba.

De pronto, con gesto súbito, desató el saco, abrió la boca, metió lo mano y sacó un puñado de billetes.

—Están taladrados, inutilizados —dijo dramáticamente—. No valen ni el papel en que están impresos. El camión blindado los transportaba para su destrucción en la oficina correspondiente del Tesoro.

Stone se tambaleó.

—¿Por qué? —gritó—. Si eso es cierto, ¿por qué los enviaban en el camión blindado?

—Ensayaban una nueva ruta —contestó Melody—. La remesa de dinero auténtico, legítimo, válido, iría al banco a la vuelta. Aquel viaje era meramente de prueba, ¿comprende? Danby lo sabía, y por eso le engañó desde el primer momento. Por eso dijo que se reiría de usted desde el Más Allá.

La cara de Stone tenía una expresión espantosa.

Melody dijo:

—Así, pues, las muertes que ha cometido han sido en vano —lanzó el saco al suelo—. Lo siento, Hal.

Los ojos del exparacaidista brillaban furiosamente. De pronto, metió la mano y sacó la pistola.

—Usted no...

Una voz gritó repentinamente:

—¡Stone!

Melody se sorprendió. ¿Quién era aquel individuo?

Un hombre apareció en la esquina de la casa, armado con una pistola.

Los ojos de Melody se dilataron al reconocer al chantajista.

—¡Wald! —gritó.

—¡Mataste a mi hermano, Stone! —chilló Wald—. ¡Yo voy a vengarlo!

Melody se arrojó al suelo en el momento en que sonaba el primer

disparo. Stone sufrió una terrible sacudida.

Wald disparó de nuevo. Stone, sin embargo, poseía una reciedumbre inmensa.

Apretó el gatillo hasta concluir el cargador. Los disparos apenas se oyeron.

Wald fue arrojado contra la pared por el impulso de los proyectiles. Su cara golpeó los ladrillos, rebotó y cayó de espaldas, con los brazos abiertos.

Stone se arrodilló en el suelo. Su pecho estaba cubierto de sangre.

Miró a Melody, que se incorporaba lentamente. Una extraña sonrisa se formó en sus labios.

—Le parecerá mentira... —jadeó—, pero... siempre me gustaron las bromas... aunque fuesen... a mi costa... Danby y yo vamos a reímos mucho... mucho...

Su voz se convirtió en un suspiro inaudible. De pronto, se vino hacia adelante. Hundió la cara en la hierba y se quedó quieto.

EPÍLOGO

Llovía. De pie, junto a una ventana, Melody contemplaba el gotear de las nubes. El cielo estaba gris, encapotado.

Thomas y Charlton se miraron mutuamente. Reinaba un silencio absoluto.

Conocían a la joven. Ella les había buscado tiempo atrás, cuando decidió hacer justicia en los rufianes que habían arrastrado a la muerte a su hermano y al hombre con quien iba a casarse.

El tiempo había pasado. Melody era joven. Olvidaría algún día.

Thomas y Charlton sabían quién la haría olvidar, pero aún era prematuro hablar de ello. El corazón de la joven se mostraba dolorido todavía, pese al tiempo transcurrido.

Brent Lothar entró de pronto.

—Todo está solucionado ya —dijo—. Los periódicos traen unas informaciones sensacionales...

Observó el silencio y miró a los detectives.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—El tiempo... —contestó Jock.

—... Es de tristeza —añadió Jack.

Los dos detectives se compenetraban de tal modo que muchas veces se completaban mutuamente las frases.

—Pero la lluvia cesará...

—... Y entonces saldrá el sol.

Lothar miró a Melody, todavía de espaldas a ellos, y asintió sonriendo.

—Sí, un día saldrá el sol —dijo.

Se acercó a la mesita y tomó un cigarrillo. Le prendió fuego y expulsó el humo, mientras contemplaba a la joven.

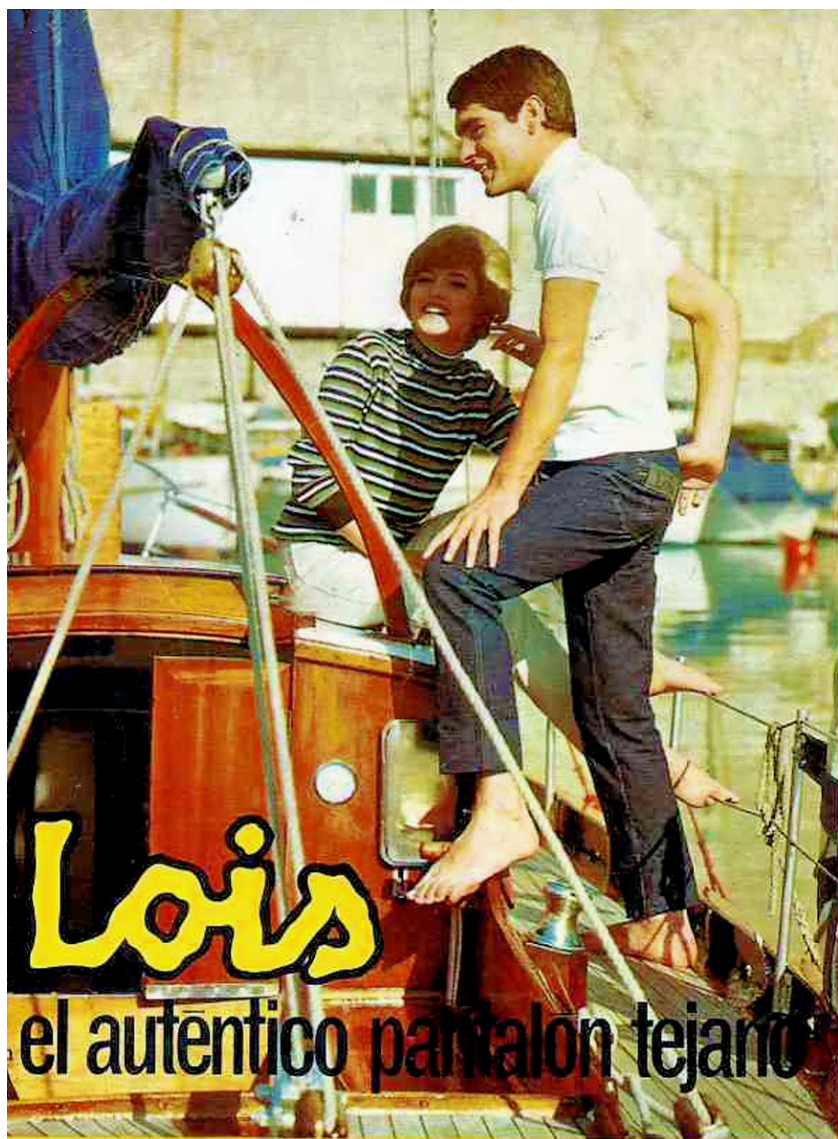
Melody le había dicho que debía ser paciente. Lothar se dijo que seguiría su consejo.

Un día, las brumas de tristeza que aún cubrían el corazón de la joven se disiparían y el sol del amor llegaría radiantemente hasta

ella... hasta los dos.

Mientras tanto, él, Thomas y Charlton continuarían ayudando a la Reina Negra en su incansable lucha contra el crimen.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.